EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS HOLGAZANES,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

José Picón

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1871.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil.
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y polleando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Dara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia.
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes...
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario.
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mun
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huésp
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida.
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinch
Lo mejor de los dados.
Los dos sargentos españ
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel
La verdad en el espejo.
La banda de la Condes
La esposa de Sancho el
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvi
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madri
La Madre de San Fern
Las flores de Don Juan
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Floren
La Archiduquesita.
La escuela de los amig
La escuela de los perd
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Ca
La ninfa Iris.
La dicha en el bien aje
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camach
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla
La calle de la Montera
Los pecados de los pad
Los infieles.
Los moros del Riff.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

LOS HOLGAZANES.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los Sres. *Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS HOLGAZANES,

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ PICON,

MUSICA DEL MAESTRO

D. FRANCISCO ASENJO BARBIERI.

Representada por primera vez en el Teatro de la Zarzuela, el 25 de Marzo de 1871.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
ELENA.....	SRTA. D.ª ELISA ZAMACOIS.
SERAFIN.....	D.ª ARSENIA VELASCO.
GLORIA.....	D.ª DOLORES FRANCO.
RUFA.....	D.ª CONCEPCION BAEZA.
LA LIBERALA.....	SOLDADO.
CARALAMPIA.....	ZÚÑIGA.
UNA MANOLA.....	GUILLEN.
JUAN GARCÍA.....	SRES. D. ROSENDO DALMAU.
PEPE ACOSTA.....	MODESTO LANDA.
EL CHATO.....	MIRÓ.
EL ZAPATERO.....	CALTAÑAZOR Y MARIMON.
DON CIRILO.....	CRESPO.
LUIS.....	RICARDO ZAMACOIS.
EL LACAYO.....	ESTEVE.

Un carpintero, un colchonero, chicos, vendedores, granujas, urbanos, manolos y pueblo de ambos sexos.

La accion se supone en Madrid, 1834.

Esta obra ha sido dirigida y puesta en escena por el inteligente literato

DON DIEGO LUQUE.

Los figurines han sido dibujados por el distinguido pintor de historia D. MANUEL CASTELLANO.

Las decoraciones de los actos 1.º y 3.º se deben á D. ANTONIO BRAVO, y la del 2.º á los Sres. FERRI y BUSATO.

ACTO PRIMERO.

Patio de una gran casa de vecindad.—Puertas numeradas en ambos lados y al fondo, en la planta baja y en los corredores del piso principal, á donde se sube por dos escaleras practicables —En el centro del foro, el portal que conduce a la calle.—Á la izquierda del público, primer término, ropas colgadas, trajes viejos, morriones, cuadros, etc., y un letrero que dice: *Prendería.*—El fondo y la anchura de la escena todo lo mayor que posible sea.

ESCENA PRIMERA.

INTRODUCCION MUSICAL.

Á un lado, primer término, el Chato jugando con otros dos manolos al chito y luego á las tres cartas. El Zapatero, primer término á otro lado, trabajando en su mesilla. La Liberala machacando en el almirez sobre el antepecho del corredor. Las sastras en el centro, sentadas, cosiendo. Seis madres con niños, en otro grupo. Un Carpintero cepillando madera: un Colchonero vareando lana. Varios trabajadores al fondo.

GLORIA, la LIBERALA, el ZAPATERO.

LIB. (Machacando á compás en el almirez.)
Un puñao de holgazanes

723281

jugando al chito.

CORO. Chito, *á la gatatumba*,
jugando al chito.

LIB. Si no huele á garrote,
huele á presidio.

CORO. Si dio á *á la gatatumba*
huele á presidio.

LIB. Jugad apriesa,
que os están esperando,
ando, *á la gatatumba*,
Melilla y Ceuta.

CORO. ¡Ay, ay, ay!...
que os están esperando
Melilla y Ceuta.
Ceuta, *á la gatatumba*,
Melilla y Ceuta.

ZAP. (Machacando á compás en el huevo.)
Mejor andara el mundo
si yo pudiera.

CORO. Diera *á la gatatumba*,
si yo pudiera.

ZAP. Machacar á los pillos
como la suela.

CORO. Suela *á la gatatumba*,
como la suela.

ZAP. ¡Alza pilili!
¡Cuándo con piel de vagos,
vagos, *á la gatatumba*,
haré escarpines!

CORO. Ay, ay, ay! ..
Cuando con piel de vagos
haré escarpines;
pines, *á la gatatumba*,
haré escarpines!

MADRES. (Meciendo á los chicos.)
Duérmete, chiquitito,
que viene el coco
y se lleva á los niños
que duermen poco.
Duerme, alma mia!
Duerme, pichon!

ZAP. Muera el Estatuto! (Grito descompasado.)

LIB. Viva la Constitucion! (Idem.)

(Todos contestan. Gritería y escándalo general.)

GLORIA. (Asomándose á la ventana que está sobre la pren dería.)

Hágame usted los zapatos
con tacones que alevanten,
que soy chiquita y no llego
á los brazos de mi amante.

ZAP. Yo te pondré en los zapatos
unos tacones tan grandes,
que necesite escalera
tu novio para abrazarte.

MUJERES. Ay cuántos zapatos
á todas harás,
si con los tacones
le llega á pescar!

LIB. Póngame usté en los zapatos
las hebillas más brillantes,
que el pié le enseño á mi novio
cuando quiero enamorarle.

ZAP. Yo te pondré unas hebillas
tan relucientes y grandes
que pida á voces padrinos
y un cura para casarse.

MUJERES. Ay, cuántos zapatos
á todas harás,
si con las hebillas
le llega á cazar!...

(El Chato y los otros dos perdidos, arman quimera sobre dinero y tiran de las navajas. Tumulto y gritos; algunos se interponen. Óyense las campanadas de medio dia; todos se descubren, santiguan y rezan.)

CORO. La campana de las doce.
Dios nos dé su bendicion! (Santiguándose.)
Á su cuarto cada quisque
á comer la sopa de hoy.
Vamos allá,
vamos allá,
que los garbanzos
y el azafran,
á la gazuza
llamando están.

(Avanzando al público y con desgarro.)
Hay dos bandos en el mundo
que en eterna lucha están;
el de tontos pa el trabajo
y el de pillos para holgar.
El segundo se mantiene
del sudor que el otro da;
yo me alisto en el de vagos
y á vivir sin trabajar.

—

Nunca pierdo yo los toros
en teniendo que empeñar;
con mi bota y mi abanico
al tendío á merendar.
En habiendo procesiones
ó algun reo que colgar,
no me faltan diversiones
ni quien pague el mostagan.

—

Vamos allá,
vamos allá.
(Dispersándose y yéndose á sus cuartos.)
Que los garbanzos
y el azafran,
á la gazuza
llamando están.
Vamos allá!...
Vamos allá!...
Que los garbanzos, etc.

—

(Queda la escena sola: varios albañiles empolvados, con la chaqueta al hombro, penetran por el fondo y suben á sus cuartos.)

ESCENA II.

PEPE y LUIS, por el fondo.

HABLADO.

LUIS. Mi querido Pepe Acosta!...

Á qué vienes?

PEPE. Á jugar.

LUIS. Dí: si se alzára tu padre
de la tumba donde está,
preguntándote: «¿qué has hecho
del crecido capital
que te he legado á mi muerte,»
qué dirias?

PEPE. La verdad.
Jamás conservó el dinero
quien no lo supo ganar.
Siempre exclamaba: «eres rico
y nada te faltará;
sé feliz: no necesitas
instruirte ni estudiar.»
Al verme con tres millones,
pensé que esa cantidad
nunca tener fin podria,
mas pronto los ví acabar.
Dime: y tú que te has metido
á profesor de moral,
¿por qué no escribes comedias
en vez de picardear?

LUIS. Representé diez ó doce
y viví de agua y panal.
Nuestras leyes no consagran
derechos de propiedad
á los autores: las obras
son del que las quiere usar,
como llovidas del cielo,
y nadie nos paga un real.
Si Breton y Gerostiza
viven por casualidad!...
Tres meses tuve un empleo
y engordé una arroba ó más.

PEPE. Y despues te le quitaron.

LUIS. Para un yerno ganapan
del cuñado del ministro.

PEPE. Y no has vuelto á trabajar
ni comer del presupuesto?

LUIS. Es receta general
que usan todos los ministros

de España para premiar
el mérito y alentarle.

PEPE. Viva la moralidad!...

ESCENA III.

DICHOS y el CHATO.

CHATO. Don Luis y la compañía .. (Saludando.)

LUIS. Hola, Chato!... Te presento (Á Pepe.)
un liberal de los crudos.

CHATO. Señores, agraeciendo.

LUIS. Qué es de tu vida?

CHATO. Tirando.

LUIS. La vara de colchonero?

CHATO. Cá!... por el ole!... Eso era
en tiempo é Fernando sétimo.
En primavera y verano
vendia fresa y conejos,
y por tres riales hacia
cáa colchon en el invierno,
ó revendia billetes
en entrambos coliseos.
Pero ahora, ya es otra cosa:
ahora soy un cabayero.

LUIS. Cómo?

CHATO. De una compañía
de urbanos, soy mozo.

LUIS. Entiendo.

CHATO Y hago las guardias que ocurren,
á treinta riales ó á ménos:
luego, á peseta por hora
las centinelas, me encuentro
bien comío y bien bebío
y paseao y contento.

LUIS. Ahí lo ves: halló una breva, (Á Pepe.)
que ni tú ni yo tenemos.

CHATO. Ustedes serán carcundas
y yo soy liberal neto.

PEPE. Oiga usted, señor de... Chato:
ántes de que, ni por sueño,
vendiera usted una libra

de fresa, falta de peso,
y el primer gato por liebre,
era yo patriota acérrimo,
y en la Fontana de Oro
y en Lorencini me oyeron,
con el Conde de las Navas,
Espronceda y otros ciento.

LUIS. ¡Oh pais degenerado,
donde un inculto fresero
come mejor que un poeta
y que un tribuno del pueblo!...

CHATO. Toma!... Trabajen ustedes
para ganarse el sustento.

PEPE. Y sirva usted á su patria!...

LUIS. Aquí no se premia el mérito!...

CHATO. Pa mantener á gandules
no tié España el prisupuesto!...

PEPE. El gandul lo será usted!...

ESCENA IV.

DICHOS, SERAFIN, con cigarrillo en tenacilla y bastoncito.

SERAFIN. Alto!... Señores, qué es esto?
(Interponiéndose: al Chato.)
Su capitan le ha expulsado
de la compañía.

CHATO. Pero
Don Serafin, ¿cómo ha sio?

SERAFIN. Que hoy ha mandado el gobierno
borrar á los que no tienen
modo de vivir honesto,
un oficio ó casa abierta.

CHATO. Y qué?... yo soy uno de esos?

PEPE y LUIS. Por lo visto.

SERAFIN. (Á Pepe y Luis.) Son ustedes
mis padrinos y maestros,
y á su posicion é influjo
cariñosamente apelo.
Yo quiero llegar á ser
un calavera completo,
quiero que me abra sus puertas

la compañía del trueno.

PEPE. ¿Y usted qué títulos tiene?...

SERAFIN. Van ustedes á saberlos.

MUSICA.

SERAFIN. Mi tio, que es ministro,
me ha dado un buen empleo
y cobro y me paseo
y no quiero estudiar.
Domino en los teatros
con otros calaveras,
y adoran las boleras
al jefe de la *clác.*
En bailes y tertulias
escándalos provoco,
y soy el fiero coco
de todas las mamás.
Y á tantos méritos
hay que aumentar
que bailo la mazourka
y arrójanme coronas
las niñas y jamonas
que logro esclavizar.
Larán, larán, larán, etc. (Bailando.)

LOS OTROS TRES. Si baila la mazourka,
ya no le falta nada
y tiene libre entrada
en nuestra sociedad.

SERAFIN. Yo calzo á bailarinas,
yo visto á comediantas,
y rindo tantas, tantas,
que ya no puedo más.
En misa los domingos,
le doy agua bendita
á cierta duquesita
que loca por mí está.
Yo meto al más pintado
la punta de un florete,
que soy un saca-mete
de grande habilidad.

Y á tantos méritos
hay que añadir
que bailo la mazourka,
y arrójanme coronas
las niñas y jamonas
que logro seducir.
Larin, larin, larin, etc. (Bailando.)

LOS OTROS TRES. Pues si es tan diestro el mozo
en lides y amoríos
hay que premiar los bríos
del bravo Serafin.

HABLADO.

SERAFIN. Con catorce mil del pico
estoy en el ministerio.
CHATO. (Ya no hay justicia en España!...)
SERAFIN. Y eché los libros al cuerno.
PEPE. Entrará usted!... (Dándole la mano.)
LUIS. (Id.) Esa mano.
CHATO. Lo ven ustées cabayeros? (Entrometiéndose.)
Aquí hay que cortar cabezas!
SERAFIN. Calla, anarquista perverso!
PEPE. Calle usted. (Al Chato.)
CHATO. Soy un patriota!
SERAFIN. Nos veremos!...
CHATO. Nos veremos!...
LUIS. Basta ya! Aquí nadie riñe!... (Interponiéndose.)
Dénse la mano al momento.
Y vamos á dar tres golpes
á un duro en ese tablero.
(Suben por la derecha.)

ESCENA V.

D. CIRILO, que da un silbido y sale la tia RUFA por la derecha.

CIRILO. Un racimo de viciosos
que sube á tentar fortuna:
esta es la primer materia

que necesita mi industria. (Silba.)

RUFA. Oh, mi señor don Cerilo!...

CIRILO. Felices dias, tia Rufa.
¿Cómo van nuestros negocios?

RUFA. Grandemente: ha habio muchas
compras de alhajas robáas.

CIRILO. Pero el metal?...

RUFA. Qué pregunta!
Buenos crisoles y hornillos
no faltan en casa nunca.
Diez candeleros, dos fuentes
y un santo, patron de Murcia,
los he convertío en pasta.

CIRILO. Pues veo que usted madruga.

RUFA. Y el que venga atrás que arree.
Como no coma la curia
más que lo que de mí saque,
ya puede vender la bula.

CIRILO. Segun eso ha habido robos
de gente gorda?... (Con curiosidad.)

RUFA. El del cura
de la calle de Preciados
nos valdrá cien onzas justas.
El ama salió á la compra,
Balseiro estaba á la husma,
le cogieron en la cama
y gomitó hasta la última.

CIRILO Y el robo de la modista
de la reina?

RUFA. En aleluyas
van vendiéndole los chicos.
Qué valor, que travesura
tienen Balseiro y Candelas!...
El criao allí fué el Judas:
mientras estaban robando,
llegó gente y, con frescura,
mandó Luis abrir la puerta
tres veces, y toas juntas
las vesitas que acudieron
fueron quédando desnudas.
Seis mil duros he pagao
por las alhajas.

CIRILO. Son muchas?...
RUFA. Y güenas. Como soy ama
de toa la gente de uña,
porque pago con largueza
mis expias y granujas
y á mis francachelas traigo
los reyes de la ganzúa,
no dan golpe chico ó grande
al que no saque la enjundia.
CIRILO. Escúcheme; punto en boca.
Tengo un plan, si usted me ayuda.
(Con sigilo.)
Hay que asaltar los conventos.
RUFA. Cómo? (Sorprendida.)
CIRILO. Explotando en las turbas
el terror que infunde el cólera
y atrayendo la ira pública
sobre los frailes.
RUFA. No entiendo!...
CIRILO. Se esparce cualquier calumnia
y limpiamos las iglesias.
RUFA. Tome un beso en la peluca!...
(Se le dá entusiasmada.)
CIRILO. Sé dónde están las alhajas
por los muchos saltatumbas
que he conocido en la bóveda
de San Ginés, donde, á oscuras,
alumbro disciplinazos
en sus espaldas desnudas.
Se encenderán las pasiones,
se prolongará la lucha
de carlistas y cristinos
y haremos nuestra fortuna.
RUFA. ¡Oh mi madre, tia Cotilla,
que al palo diste la nuca,
tu sangre servil y noble
por estas venas circula!...
CIRILO. Vamos á preparar dentro
sacos, hachas y ganzúas

ESCENA VI.

El CHATO, que baja triste de la casa de juego, á poco GLORIA.

CHATO. Me han robao cuanto tenia!...
Y ahora sin empleo yo,
¿á qué me agarro? Á la vara
de colchonero? Furor
me da sólo de pensarlo!...
Si hallara una preporcion
pa casarme... Ahí está Gloria
(Mirando á la prendería.)
fresca y guapa como un sol:
y su madre con más oro!...
Quién dijo miedo? Allá voy! (Acercándose.)
Hola, Gloria!... (Gritando á la puerta.)

GLORIA. (Saliendo.) Quién me llama?
Hola, Chato!...

CHATO ¡Viva Dios,
que echa al mundo tales hembras!

GLORIA. Qué le ocurre?

CHATO. Náa: que hoy
llegó la hora de decirte...

GLORIA. Me tutea usted?... (Colérica.)

CHATO. Pué, no?...
Si casi nacer te he visto.

GLORIA. Esa no es una razon
para subirse á las barbas
un cualquiera!...

CHATO. (Me partió!...)
Como te he tratado siempre,
tú por tú...

GLORIA La educacion
que mi mamá me está dando...

CHATO. La tia Rufa?... (Escandalizado.)

GLORIA. Sí, señor.
Un abismo incongruente
pone entre nosotros dos.

CHATO. De modo, que si te pido (Luis aparece arriba.)
pa mi mujer?...

GLORIA. Morralon!...

No se peinan pa tios feos
buenas mozas como yo!...
(Váse á la prendería.)

CHATO. Por este lao no hay comia.
Vamos por otro mejor. (Váse por el fondo.)

ESCENA VII.

PEPE, luego GLORIA, despues RUFA y CIRILO.

PEPE. Estoy perdido y no tengo
más recurso!... (Da una palmada.)

GLORIA. Adios, José!...
Hoy te descuelgas muy tarde.

PEPE. Porque te vengo á traer
las tenacillas del pelo
que me has encargado. (Dándoselas.)

GLORIA. Bien.

PEPE. Un par de medias de seda, (Id.)
de color de rosa.

GLORIA. Á ver?... (Con curiosidad.)

PEPE. Y los billetes del baile (Dándoselos.)
del jardin de Apolo.

GLORIA. Tres?...

PEPE. Sí: para tí y dos amigas.

GLORIA. Y mi madre?...

PEPE. No.

GLORIA. Pues quién
me ha de acompañar?

PEPE. Cualquiera,
ménos tu madre: porque,
si, colgada de mi brazo, (Rufa en la puerta.)
á la tia Rufa la ven,
con zapatos de canónigo,
papalina y *ferroñé*,
la *compañía del trueno*
nos da un susto para un mes.

RUFA. Alzamuertos!... Insolente!...
(Tirándose á él: los otros se interponen.)

PEPE. Señora, á los piés de usted.
(Con cachaza, quitándose el sombrero.)

RUFA. Es usté un caballerote

con caballo... de alquiler,
pero mi hija tiene novios
mejores á puntapiés.
Don Juaquin el boticario,
(Contando por los dedos.)
el tiniente don Grabiel,
el hijo de la tia Barbas,
y hasta un señor bachiller
en cerujía y en partos,
me la han pedío.

PEPE. Lo sé.

RUFA. Que mi hija no está en la calle
y tiene mesa y mantel,
y para náa nesecita
á usted ni á naide!...

PEPE. Bien, bien.

RUFA. Que abandonó la carrera
del baile, y era un pincel,
y los hombres con los ojos
se la querian comer.

CIRILO. ¿En el ole ó la cachucha?

RUFA. En el vito de Jerez.

CIRILO. La chica es muy bien formada!...

RUFA. Sí, señor; mejor que usted.
Por darle gusto á su madre,
deprendió Gloria despues
á escrebir, y no contenta,
deprendió luego á leer.
Cepillarla era preciso,
y por eso, la tomé
maestro de forte-piano
con veinte riales al mes,
y otros cuarenta al de gringo:
y en fin, señor don José,
si la he hecho una señorita,
ahí está, se puede ver.
Conque afuera requilorios;
hoy se descubrió el pastel;
errar ó quitar el banco:
no se casa con usted.

PEPE. ¿Por qué? (Colérico.)

RUFA. Porque es un perdío (Gritando.)

y no la pué mantener.
PEPE. Usted nos dará de sobra.
GLORIA. Sí, sí!... (Suplicante.)
RUFA. Basta! Ya me harté!...
GLORIA. Madre!... (Gimoteando.)
RUFA. Te azoto con chancla
si le vuelves más á ver!...

MUSICA.

PEPE. Señora doña Rufa,
no sea tan tenaz
y elija Gloria esposo
en plena libertad.
Usted no puede sola
comerse su caudal:
pues deje usté, á lo ménos,
comerlo á los demas.
GLORIA. Se casan mis amigas
y toa la vecindad,
y pa vestir imágenes
yo no me he de quedar.
Si no quié que me case
usté por no aflojar,
con agua de vitriólogo
me voy á envenenar.
RUFA. Para un rico tronao,
vicioso y holgazan,
no desplumé, hija mia,
á media humanidad.
Tú llevas un buen dote,
José no tiene un rial;
si quié que le mantengan
que vaya al hespital.
CIRILO. (No seas tan estólido! (Á Pepe.)
recoge velas ya,
porque este parentesco
seria tu dogal.
Si alzáranse tus padres
del lecho sepulcral,
eternas maldiciones

tendrias que escuchar.)

—

PEPE. ¿No queda esperanza?
RUFA. Ya dije que no!...
PEPE y GLORIA. Adios, para siempre!... (Abrazándose.)
¡Oh madre feroz!...

—

PEPE. (Suerte negra,
con tal suegra
me debia de esperar:
pero á sustos
y á disgustos
yo la haria reventar.)
GLORIA. (De bolera
retrechera,
con galanes á escoger,
solterona,
regoldona,
con goteras vendré á ser.)
RUFA. (Este fino
lechuguino
llegaria pronto á dar
buena cuenta
de la renta
y tambien del capital.)
CIRILO. (Desahuciado
y entrampado,
sin tener recurso ya,
así pronto
de este tonto
me podré yo apoderar.)
(Rufa mete á empellones á su hija en la prendería.)

ESCENA VIII.

CIRILO y PEPE.

HABLADO.

CIRILO. Qué cosas hacen los hombres!
PEPE. Por comer!...

CIRILO. No: por holgar.
(Cogiéndole Pepe de la solapa con ira y luego conteniéndose.)
PEPE. Usted fué ayuda de cámara,
secretario general,
y despues apoderado
de mi padre.
CIRILO. En gloria está! (Cruzando los dedos.)
PEPE. Treinta y tres casas tenia
aquí en Madrid.
CIRILO. Y algo más.
PEPE. Y me dejó diez y siete,
que dí á usted á administrar,
y siguiendo administrándome
no tengo ninguna ya.
CIRILO. Tus vicios, tus compañías
te causaron todo el mal.
PEPE. No me decia usted eso
al verme en París jugar
y prestarme sobre fincas
á retroventa.
CIRILO. Jamás
pensé que por censurarte
una boda desigual...
PEPE. ¿Y qué hacer, si estoy tronado
y de nada soy capaz? (Con amargura.)
CIRILO. Pero á tí, jóven, buen mozo
y melenudo ademas,
¿qué es lo que te ha acobardado?
PEPE. Su modo de administrar.
CIRILO. Y si yo te proporciono
una gran boda, ¿qué harás?
PEPE. Aceptarla. (Resueltamente.)
CIRILO. Hay condiciones.
PEPE. No importa: lo mismo da.
Yo me entrego en alma y cuerpo
á usted como á Satanás.
CIRILO. Así pago tus insultos;
¡yo comí en tu casa el pan!... (Llorando.)
PEPE. Es bonita?
CIRILO. Como un ángel.
PEPE. Y fácil de enamorar?

CIRILO. Es romántica; hay que herirle
su fibra sentimental
leyéndola unos versitos
en alguna sociedad.
Mira, en el café del Príncipe
cualquiera te los hará
por un café con tostada.

PEPE. Corriente; no hay más que hablar.
(Vánse. Quedan Rufa, Gloria y el Zapatero trabajando; seis ú ocho sastras cosiendo.)

ESCENA IX.

DICHOS y JUAN, que saca una mesita y se pone á dibujar.

GLORIA. Don Juan, ya está el patio libre;
saque usted aquí la mesa
que hay más luz.

JUAN. (Saliendo.) Dios te lo pague!

RUFA. Usted siempre en su faena
ganando el pan?

JUAN. Sí, señora;
¡temo tanto á la miseria!

GLORIA. Mañana se desamina
de arquiteto.

RUFA. Enhoragüena!

GLORIA. Dios le saque con fortuna!

RUFA. Pal trabajo es una fiera!
(Hija mia, esto es un hombre!...
(Llevando á Gloria á un lado.)
Yo, que las entrañas secas
tengo, por tantas infamias
como conocí en la tierra;
yo, que vivo entre perdíos;
yo para mi hija quisiera
á ese, al hombre más honrao
sin tener una peseta!...)

ESCENA X.

DICHOS y un LACAYO.

LACAYO. Hay aquí un tal Juan Jarcía,

maestru de obras?

JUAN. Yo.

LACAYO. Me urdena.
avisarte en el momentu
mi señora la Marquesa
del Pinu; conque al escape,
corre á ver á Su Excelencia.

JUAN. Pues diga usted que no puedo.

LACAYO. Cómu?... (Asombrado.)

JUAN. Sí: que estuve á verla
tres veces y la negaron,
y como á ella le interesa
más que á mí, de sobra tiene
el tiempo y la carretela,
y yo sostengo una casa,
que venga aquí Su Excelencia.

LACAYO. Estás locu?... aquí nu viene
mi señora!... (Carcajadas estúpidas.)

JUAN. Que no venga.

LACAYO. Abur!...

ZAP. Leviton!... bigardo!...

GLORIA. Ponte unas trabillas nuevas
á la levosa!...

LACAYO. De chusma,
(Desde el fondo con majestad.)
no contestu desvergüenzas!...
(Váse: grita general.)

RUFA. (Ves qué agallas tiene el tio?...)

GLORIA. (Y qué dirnidá tan séria!...)

ZAP. Pero usted, señor don Juan,
no sabe que á esa Marquesa,
por lo rica y por lo guapa
la mima toa la grandeza?

RUFA. Ha hecho bien!...

JUAN. Y qué me importa?

ZAP. Y que tratarse con ella
es un golpe de fortuna
pa usté, pa mí y pa cualquiera!

RUFA. El señor no es como tú,
un lameron!...

ESCENA XI.

DICHOS, la LIBERALA, luego D. CIRILO, LUIS, PEPE, el CHATO y SERAFIN.

LIB. Fuera!... fuera!...
(Gritando desde su puerta.)
No necesito fiscales
mientras me pongo las medias!...
GLORIA. Mire ustez la Liberala, (Á Rufa.)
á sus pretendientes echa!
(Van saliendo á hurtadillas y huyen avergonzados todos, menos Cirilo, el Chato y Luis que se quedan á un lado.)
RUFA. Pues, chica, procesion sale!...
Don Cerilo y el poeta
y el rico tronao y el Chato!...
JUAN. (Y Luis tambien; ¡qué vergüenza!)
RUFA. Serafin el melenudo!...
¡Sólo falta la retreta!
ZAP. Tiene que echar las vesitas
mientras se viste.
GLORIA. Por fuerza:
todas sus habitaciones
se reducen á una pieza!
RUFA. Que la parta con la colcha
como telon de comedia,
y que detrás se aderece
esa grandísima puerca!...
GLORIA. No tiene colcha pa eso.
RUFA. Por qué?
GLORIA. Porque se clarea
y verian sus vesitas
más bacalao que en cuaresma!...
RUFA. Ten más dirnidá, muchacha! (Con majestad.)
GLORIA. Vaya! la que ustez me enseña!
(Dando rabotada.)
ZAP. La Liberala!...
LIB. Felices!... (Bajando.)
Ya estoy vestia y compuesta.
CIRILO. Esa estampa me ha quitado

de pronto el dolor de muelas.

LIB. Pus qué, ¿le queda á usté alguna?
Serán raigones!...

CIRILO. Qué lengua!

GLORIA. Duelen los dientes postizos?...

RUFA. Cuando son de muerto, heredan
los dolores que el defunto
ántes de morir les deja.

LIB. Oye tú, liberal, corre (Al Chato.)
y búscame una calesa
que me lleve en diez menutos
á la fuente de la Teja.

RUFA. El Chato no va.

LIB. Por qué?

RUFA. Porque no le doy licencia.

CHATO. Señá Rufa!...

RUFA. Punto en boca!
Atrévete!..

CHATO. Suerte perra!

LIB. Mejor: no quió que me sirva
un barnizaor de viejas.
Si gasto yo pa criaos,
no colchoneros de pega,
corregiores cesantes
y escribanos de comedias!
Anda, literato, trota! ..
y tráeme aquí la calesa.

LUIS. Al instante.

LIB. Pa tí alquila
un landó con forro é seda,
pa que el señor don Cerilo
venga á pagar la merienda.

CIRILO. (Te necesito; ven pronto!...
(Cogiendo al Chato.)

CHATO. Hay que trabajar?

CIRILO. Y en regla.)

ESCENA XII.

DICHOS, PEPE, desde el fondo.

PEPE. ¿Qué es esto, ilustres vecinos

del Campillo de Manuela?
¿Cómo estais aquí en trabajo
si Madrid entero huelga?
Hoy se dan á hacer novillos
los muchachos de la escuela;
ciérranse los ministerios,
los juzgados y las tiendas,
y sin ningun estudiante
la universidad se queda.

LIB. Pus qué sucede?...

PEPE. Que han preso
hace poco á Luis Candelas,
(Sorpresa general.)
que van ahora á trasladarle
del Saladero á la Audiencia, (Murmullos.)
pero á pie y á medio dia
para que todos le vean, (Alegría.)
y en fin, que Madrid entero
se amontona en la carrera.
(Gritería y luego silencio.—Música en la orquesta.)

ZAP. ¡Gitrudis, echa el garrote! (Á gritos.)

LIB. ¡Bastian, ponte la chaqueta!
(Caen de arriba varias prendas de vestir.)

RUFA. ¡Marica, baja la bota
y echa el candao á la puerta!
(Todos se van en grande algazara. Las mujeres poniéndose pañuelos á la cabeza y los hombres sus chaquetas. Los útiles del trabajo, arrojados en todas direcciones, dejan la escena en gran desórden.)

ESCENA XIII.

JUAN, GLORIA, luego SERAFIN y ELENA seguida del LACAYO.

GLORIA. Don Juan, ¿quiere usted que saque
á comer aquí á los niños?

JUAN. Así estarán más alegres.

GLORIA. Voy por los dos angelitos.
(Váse y vuelve con ellos y los sirve de comer en una mesita.)

JUAN. ¿Rechazará *la* academia

mañana mis ejercicios,
hechos entre sobresaltos,
enfermedades y gritos?
Dios no puede abandonarme,
no por mí, que nada pido,
por las pobres criaturas
á quienes doy pan y asilo.

SERAFIN. ¿Cómo á usted, noble Marquesa, (Entrando)
hallo en tan humilde sitio?
¡Esto es algo sospechoso!... (Con impertinencia.)

ELENA. Y diga usted, hijo mio, (Con impaciencia.)
cómo no está usted en cátedra?

SERAFIN. Cáa!... Si mi tio el ministro
me colocó há pocos dias
con catorce mil y el pico.

ELENA. Y su tio ha hecho la gracia
de que usted ahorque los libros?
(Cada vez más impaciente y mirando á todos lados.)

SERAFIN. Como están las oficinas
cuajadas de hombres antiguos,
hay que introducir en ellas
el espíritu del siglo,
(Fumando un cigarrillo con lente y bastoncito.)
dando á los jóvenes parte
en los públicos destinos.
¿Se practica ó no el sistema
puro representativo?

ELENA. Y para ser empleado
á nadie causó perjuicio?

SERAFIN. Mi antecesor, un vejete
que contaba medio siglo,
fué mandado con ascenso
á Cuba; y el pobrecillo
murióse á las dos semanas.

ELENA. Pero eso es horrible, niño!
Y si tenia familia?

SERAFIN. Son contras del buen servicio.
No puede tener entrañas
jamás el hombre político.

ELENA. Pero si ha dejado huérfanos!...

SERAFIN. Lo ignoro. (Con frivolidad.)

JUAN. Dos. (Señalando á los niños.)

ELENA. Es inicuo!... (Con vehemencia.)
SERAFIN. Perdone usted... Yo deploro!... (Á Juan.)
ELENA. Basta!... (Imperativamente señalándole la puerta.)
SERAFIN. (Será su trapillo!...) (Saluda y váse.)
ELENA. ¿Es usté un tal... Juan García...
(Leyendo un papel.)
un maestro de obras? (Con desprecio y altanería.)
JUAN. El mismo.
ELENA. Vete. (Al lacayo, que estará en el fondo.)
LACAYO. Yo sola no deju
á usía en este presidiu!
JUAN. No tema nada. (Á Elena.)
ELENA. Sal pronto. (Imperativamente.)
LACAYO. (Pues si corre algun peligru
grite, que yo y el cucheru
nuestras navajas trujimus. (Váse.)

MUSICA.

Juan trabaja en su tablero.—Gloria da de comer á los dos niños y observa lo que pasa.—Elena, viendo la indiferencia de Juan, rompe en cólera.

ELENA. Acabe el maestro de obras (Con altivez.)
y dígame ya al fin
por qué causa me obliga
á tal sitio á venir.
JUAN. Tres veces á su casa
perdiendo el tiempo fuí.
Usted quiso negarse,
pues venga usted aquí.
ELENA. Yo soy una gran dama.
JUAN. Yo soy un albañil.
GLORIA. (Bendita sea tu boca,
que vale un Potosí.)
ELENA. Podia haberme escrito.
JUAN. No es cosa de escribir.
ELENA. Traerme á tal paraje!...
JUAN. Deshonra no hay aquí.
El caso á usted importa
y mucho más que á mí.

ELENA. Me importe ó no me importe,
oblígame á venir.
Debió usted una audiencia
solicitar de mí.

JUAN. Sustento cuatro bocas,
é impideme salir
mi hermana moribunda
que está en su lecho allí.
Lo que malgasta el rico
al pobre hace vivir:
el tiempo que á usted sobra
y que me falta á mí.
Injusta es la señora,
pues no le ha de pedir
limosna el millonario
al mísero infeliz.

GLORIA. (La grande señorona
le quiso confundir
mas la ha tapao la boca
de un golpe el albañil.)

ELENA. (Oh gracias, Vírgen mia!...
Encuentro un hombre al fin
que no me adule ciego
como un esclavo ruin.)

—

JUAN. El disgusto que demuestra
en venir á este lugar,
gran señora, en alegría
voy tal vez á trasformar.

ELENA. Deje usted los circunloquios
y comience á relatar.

GLORIA. (Tal soberbia y tal orgullo
me están dando cien patáas.)

JUAN. Yo compré, por treinta reales,
un armario de nogal,
de tallado primoroso,
en la tienda que allí está.
Pero al irle examinando
vine al fin á tropezar
con un doble fondo oculto
y un tesoro, un capital.
Indagué la procedencia

del armario, y supe ya
que mandó usté al mayordomo
unos muebles renovar.

ELENA. Luego yo soy?... (Alarmada.)

JUAN. Sí, la dueña,
á quien voy ahora á entregar
un millon en vales reales
y un collar, que vale más.

ELENA. Conque usted?... (Absorta.)

JUAN. Es un secreto
que en los tres tan solo está.
(Señalando á Gloria.)
Hay tambien dos pergaminos
de remota antigüedad,
que su buen derecho prueban,
en Trujillo, á un olivar.

ELENA. Estimado en cien mil duros, (Con alegría.)
que dispútanme años há
en litigio interminable
que tal vez me arruinará.

JUAN. Vete, Gloria, y al momento
los papeles tráeme acá.

GLORIA. (Los arranques de este tio
me dan ganas de llorar.)
(Váse y vuelve con un gran rollo y un estuche.)

ELENA. Y un tesoro, que usted pudo
sin peligro conservar,
pues que nadie lo sabia,
me lo va usted á entregar?...

JUAN. Mi deber, señora, cumplo.

ELENA. Su honradez no tiene igual.

JUAN. Muchas almas hay honradas,
pero ruido poco dan.

ELENA. (¡Oh qué lástima que este hombre
viva aquí en la oscuridad!)
Parta usted estos valores;
(Ofreciéndole el rollo.)
quiero darle la mitad.

JUAN. Por volver lo que no es mio
todo premio está demás.

ELENA. Como obsequio!... (Suplicante.)

JUAN. (Rechazándolo.) No, tampoco.

ELENA. No merece usté, en verdad,
ser tan pobre, sino rico.
JUAN. La riqueza no da paz.
El tener una conciencia
pura y limpia vale más.
ELENA. Conocer su vida quiero
y su historia aquí escuchar
de sus labios, porque al ménos
solicito su amistad.

—

JUAN. Pobre artesano fué mi buen padre
y yo cantero con buen jornal:
salí soldado y aquel oficio
vime en el caso de abandonar.
Por mi conducta fuí distinguido;
tuve licencia para estudiar,
y examinado de agrimensura
cinco mil reales pude juntar.
ELENA. Continuad, continuad.
JUAN. Ya redimido y sin recursos,
siendo las artes mi vocacion,
por ver á Roma, fuí de criado
de un noble que iba de embajador.
Allí enseñaron los monumentos
nuevo horizonte á mi ambicion,
y de arquitecto con mil trabajos
á examinarme mañana voy.

—

Hoy, gran señora, soy el amparo
de esos dos niños de tierna edad
y de su madre, que moribunda,
sólo un milagro puede salvar.

—

ELENA. (Tal fortaleza, tantas virtudes
han conquistado mi corazon.
Lástima grande no haber tenido
hombre tan recto cuna mejor.)
GLORIA. (Con sus lacayos y su carroza,
tantos diamantes, tanto tisú,
chica se queda pa Juan García
la señorona de sangre azul.)

—

ELENA. Usted privarme quiere
aún de corresponder
al rasgo nobilísimo
de su ínclita honradez.

JUAN. Volver lo que no es mio,
cumplir un gran deber,
ningun premio merece,
sino el que Dios me dé.

ELENA. Los niños están tristes; (Yendo á ellos.)
su extrema palidez
revela los dolores
que dia y noche ven.
Están casi desnudos!...

GLORIA. (Señora, la escasez...
su madre tan enferma!...)

ELENA. Un beso, dos y diez!... (Besándolos.)
Don Juan, de aquestos niños
la madre quiero ser;
y nadie de llevármelos
podrá privarme!...

JUAN y GLORIA. Qué?... (Asombrados.)

ELENA. Soy viuda y los prohijo!...

GLORIA. Bendita sea usted!...
Bendita sea su boca!...

JUAN. Besar quiero sus piés!...
(Arrodillándose: Elena le detiene.)

ELENA. El oro que me ha vuelto,
¿de qué me ha de valer
si no enjugara el llanto
de un hombre como usted?

—

Dios no otorga las riquezas
sino para remediar
las desgracias y miserias
de la triste humanidad.
Bendecir yo debo al cielo,
que me ha dado la ocasion
de endulzar tantos dolores
y alegrar mi corazon.

JUAN. Mi trabajo no podia
tantos males remediar,
y mis fuerzas ya se hallaban

casi á punto de faltar.
Pero Dios de mi agonía
ha tenido compasion,
y en su nombre á usted envia
para nuestra salvacion.

GLORIA. Cuando ví yo á usted, señora,
gomitando vanidaz,
en la boca del estómago
me pegó usté cien patáas.
Pero ahora que ha venío
pa ser un ángel de Dios,
la daria dos mil besos
por su hermoso corazon.

HABLADO.

ELENA. Oh! qué dichosa me siento!
Al coche, al coche, hijos mios!

JUAN. Noble señora, me ocurre
que hay que alcanzar el permiso
de la madre, si su estado
consiente hablarla.

ELENA. Ahora mismo
entre usted, y si es posible,
prepárela, mas con tino,
que la emocion no la mate!

JUAN. Seré cauto. Ven conmigo (Á Gloria.)
para ayudarme.

GLORIA. Y qué pasa
si no podemos decírselo,
ó se niega?...

ELENA. (Con arrebato.) Que los robo
y me los llevo ahora mismo,
y cuando ella se mejore,
vendrá tambien con sus hijos.

GLORIA. Dios la bendiga esa boca,
manantal de beneficios!...
(Vánse Juan y Gloria.)

ESCENA XIV.

ELENA, sola, á la puerta de JUAN, con los niños. RUFA, la MANOLA, el ZAPATERO, el CARPINTERO y toda la chusma. Luégo el LACAYO y el cochero.

RUFA. Ay, qué hermoso iba Candelas!...
Parecia un Santo Cristo
cercado por los sayones!...
CARP. Y ahorcarán al pobrecito?
ZAP. Qué lástima, doña Rufa!
RUFA. Son muy brutos los menistros!...
LACAYO. (Á Elena, quedando á su lado.)
(Comu la metralla ha entradu,
yo y el cucheru venimus!...)
ZAP. Quién será esa señorona
que á pares por los hocicos
nos restrega sus lacayos?
RUFA. Pus qué, no la has conocío?
Frábica de paños tiene.
ZAP. Por qué?...
RUFA. Por las veinticinco
varas que echó en cáa levosa.
CARP. No estornuarán de frio!
ZAP. Pus pa horchata en el verano
no ganan los maldecíos!
MANOLA. (Entrando ahora.)
En coche de escudo de armas
la Liberala ha subío,
y el literato al pescante,
y van que bufan!...
LACAYO. (Al Cochero.) Franciscu,
sal curriendo!... (Vánse el Lacayo y el Cochero.)
ELENA. Es imposible
que se atrevan...
LACAYO. (Desde fuera.) Es el miu!...
Salvaguardias!... Pillastrones!... (Gritando.)
ELENA. Oh, qué infamia!...
RUFA. (Con sorna.) Por lo visto,

le ha gustao más el de usía
que el simon!...

ELENA. (Indignada.) Y quién ha sido?

RUFA. La Liberala: una moza
con más velas que un navío.

ZAP. (Con chunga.) Señora, no hay que alarmarse.

RUFA. Lo más que habrá sucedío,
es empeñar la carroza
por una lonja é tocino.

ELENA. Oh, qué casa!...

GLORIA. (Á Elena, saliendo ahora.) Ya consiente!

ELENA. Venid, venid, hijos mios!...
(Cogiendo uno en brazos y otro de la mano.)

RUFA. Se los lleva esta señora?. .
(Con rudeza, cortándola el paso.)

GLORIA. (Gritando.) Hoy de probes han salío!...
los prohija su excelencia!...

TODOS. Quién?... (Con sorpresa, amontonándose.)

GLORIA. (Gritando.) La marquesa del Pino!
Y toos os estais portando
como gentes sin sentío,
sino alfombrais con chaquetas
y mantones, ahora mismo,
este patio, pa que salga
con el rumbo merecío!...
(Tumulto, gritería y confusion general. Todos se quitan las chaquetas, pañuelos de la cabeza y sombreros y los arrojan al suelo.)

MUSICA.

Rufa se tira al cuello de Elena y la besa y espachurra.

CORO. Viva la señá marquesa
y su hermoso corazon!...
Que la ropa de los probes
de sus piés sea colchon.
Dios bendiga á su excelencia
y ese rostro, que es un sol,
y vivan las almas nobles
que consuelan el dolor!...

En nuestros brazos
(Dos manolos cogen los niños.)
irán muy bien
y escoltaremos
á su mercé.
Y pá que usía
no vaya á pié,
en nuestros brazos
irá tambien!...
(Hacen ademan de cogerla.)

ELENA. (Resistiéndose avergonzada.)
Buenos amigos
gracias les doy,
pero no admito
tanto favor.
Adios!... Adios!...
Adios!... Adios!...

CORO. La Virgen santa
su proteccion
dé á su excelencia:
vaya con Dios!...
(Váse Elena con los niños en brazos de dos manolos.)

HABLADO.

MANOLA. Y sabeis, la Liberala
de nosotros lo que ha dicho?
Que estamos muertos de envidia!...
(Murmullos.)
que semos unos perdíos! (Voces.)
Y que alternar no podemos
con ella ni sus amigos!... (Escándalo.)

ZAP. Yo empeño el huevo, tia Rufa,
y el tirapié y el banquillo! (Sacándolos.)

RUFA. Dos pesetas.

ZAP. Pus andando.

GLORIA. Pa qué?

ZAP. Me voy ahora mismo
á la fuente de la Teja.

MUJS. Y yo!.. (Vánse á su cuarto y vuelven á empeñar.)

HOMBS. Y yo!... (Id.)

MANOLA. Oye, Rufino!... (Gritando.)
Echa el jergon y tu capa,
que vamos de rebullicio!...
(Caen la capa y el jergon.)
COLCH. Yo la vara, las agujas
y la bolsa. (Sacando los útiles de colchonero.)
CARP. Yo el cepillo
y esta sierra. (Sacándolos.)
RUFA. Medio duro.
CARP. Pues andando y al avío.
ZAP. Á escote, coche pá tóos.
MANOLA. Y en qué vamos?
ZAP. En oníbus.
CARP. Y qué comer?
ZAP. Con pesetas,
en un bodegon del rio.
RUFA. (Holgazanotes!... perversos!...
Les voy á sacar el quilo!...)
CARP. Gloria, vente con nosotros.
GLORIA. Madre, me dá usté premiso?...
RUFA. La educacion que te he dao,
qué mal que la has recebío!...
¿Pá qué pago los maestros
de forte-piano y de gringo?
Ay!... si me saco una chancla,
te doy donde el sol no ha visto!
(Los vecinos y vecinas vuelven de sus cuartos con ropas, utensilios y útiles de trabajo y cocina, y rodean á la tia Rufa, que les va repartiendo dinero; mientras el Zapatero y el Carpintero recogen lo objetos empeñados y los entran en la prendería. Luego se van distribuyendo todos á sus cuartos á tomar los sombreros y guitarras. Rufa entra en su casa.)

ESCENA XV.

DICHOS, JUAN agitado se dirige á GLORIA.

JUAN. Has estado en la botica?
GLORIA. Las medecinas no dan
si no llevo cuatro duros,

que es lo que se debe ya.

JUAN. ¡Qué desgracia, Gloria mia!...
Oh! Dios!... Qué contrariedad!... (Llorando.)

GLORIA. (No tengo valor pa oirle!...)
(Éntrase en casa de Rufa llorando y limpiándose las lágrimas con el delantal. Pausa.)

JUAN. Mas qué dudo?... Hay que empeñar
lo poco que ya me queda!...
(Mirando alrededor coge el estuche de sobre el tablero y váse á la puerta de Rufa.)
Eh! Tia Rufa!...

RUFA. Voy allá!... (Sale.)

JUAN. Señora, en nombre del cielo,
hágame una caridad!...
Prestarme cuatro ó seis duros
por esta caja.

RUFA. Don Juan!... (Asombrada.)

JUAN. Mi estuche de matemáticas,
(Abriéndole y enseñándole.)
que vale bastante más.

RUFA. En tal apuro se encuentra? (Cogiendo la caja.)

JUAN. Señora, la enfermedad
de mi hermana!... Hay que ir corriendo
á la botica!...

RUFA. Y está
tan mala?

JUAN. Pronto!...

RUFA. (Devolviéndosele.) El estuche
se le puede usted guardar.

JUAN. Lo juzga usté insuficiente? (Asustado.)
Entre en casa y cogerá
lo que queda!... (Suplicante.)

RUFA. No; no es eso.
Escúcheme usté, don Juan:
yo nunca he tenio entrañas
pa la usura y pa sacar
el corazon, si he podío,
al vago y al holgazan;
mas... pa usté... tengo mil duros (Al oido.)
y se los va usté á llevar! (Con profundo gozo.)

JUAN. Nunca!... Jamás, doña Rufa!...
Si llega la hora fatal

de tener que morir de hambre,
valor no me faltará.
Nunca!...

RUFA. Chito!... ó se los lleva
ó le doy tres bofetáas!...
(Le coge de las solapas y le arrastra por fuerza á su casa. Salen los vecinos de sus cuartos, reúnense en grupo y cantan al son de las guitarras:)

—

En la fuente de la Teja
es preciso merendar,
pa que vean los usías
que tenemos caliá.
Por tronar la Liberala
y poder la fiesta aguar,
aunque cueste lo que cueste,
doy tres dias de jornal.
¡Á merendar,
á merendar!

ESCENA XVI.

DICHOS, el CHATO detiene en el fondo la marcha de todos. Vuelven á primer término; luego JUAN y GLORIA. Música en la orquesta.

CHATO. No se trata de meriendas
sino de tomar las armas!... (Todos le rodean.)
Se ha visto echando veneno
en las cubas llenas de agua
que hay de repuesto alredor
de la fuente Mariblanca,
á dos muchachos y un fraile!
¡Así el cólera nos mata!

CORO. Mueran los frailes!...

CHATO. Sí!... mueran!...

CORO. Venganza!...

CHATO. Sí, sí!... Venganza!...

JUAN. Es una calumnia infame!... (Saliendo.)
Hijos mios, os engañan!... (Queda observando.)

CHATO. En el café é Lorencini

cien personas lo propalan!...
Venid á oirlos!...
(Váuse las mujeres á sus cuartos.)

CORO DE HOMBRES. Sí!... vamos!...
Las navajas! las navajas!...

MUSICA.

(Coro de hombres avanzando hácia el público con navaja en mano.)

Por barrios y calles
corramos la voz,
y estalle tremenda
venganza feroz.
No quede un convento
ni un fraile bribon!...
Que paguen al punto
su horrible traicion.

CHATO. Chiton! chiton!
Guardad esas teas
y no alceis la voz,
porque hay salvaguardias
y hay corregior.
Botin y saqueo
ofrezco pa tóos,
si no hay un gallina,
si no hay un bocon.
(Guardando las navajas, de modo que al hacerlo suenen los muelles.)

CORO. Silencio, cachaza,
astucia, valor,
que robo y matanza
el Chato ofreció.
Que no haiga un espía.
que no haiga un collon,
navajas, talegos,
y á naide perdon.
(Váse toda la pillería por la puerta del foro.

(Hablado, con música en la orquesta.)

JUAN. Gloria, corre á la botica.
(Dándole la receta y el dinero.)
En tí confio mi hermana.
GLORIA. Y usted?...
JUAN. No puedo!... y Dios quiera,
al darme en los piés dos alas,
que Martinez de la Rosa
logre evitar la matanza!...
(Váse corriendo. Gloria le sigue.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin anchuroso con una balaustrada en el fondo sobre dos ó tres escalones, que deja ver un cielo rojizo á la caida de la tarde. Árboles, macetas y un cenador con mesa dentro á un lado de la escena. Edificio pequeño con puertas y ventanas á un costado. Al otro un pequeño pabellon al fondo, que es el aposento de los niños. Un velador, sillas de hierro, vasos y botella de agua, recado de escribir y una campana colgada de la pared.

ESCENA PRIMERA.

INTRODUCCION MUSICAL.

Despues de un preludio de la orquesta, sale ELENA conduciendo de las manos á los dos niños, y seguida de CARALAMPIA. Los niños elegantemente vestidos, para contrastar con los trajes andrajosos del primer acto. Elena se sienta, quedando un niño en pie á cada lado. Luego el LACAYO y despues coro de criados de ambos sexos.

ELENA.

Venid, hijos mios,
aquí á reposar,
despues de esta grata
comida frugal.
Venid á mi lado,
que os voy á contar

un cuento gracioso
de dulce solaz.

—

Vió Juanito unas ciruelas
en un árbol muy hermoso,
y como era Juan goloso
arrancarlas intentó.
Mas le dijo su buen padre
que aquel árbol era ageno,
y su fruto un gran veneno
en las manos de un ladron.
Ya veis, hijos mios,
lo infame que es
robar en el mundo
ni un triste alfiler.

—

Pasemos á otra cosa,
pues basta ya de cuento,
y vamos un momento
juntitos á jugar.
Aquí las cuatro manos
de Cármen y Jacinto,
(Las ponen en su falda.)
que quiero, á *pinto-pinto*
los dedos pellizcar.

—

Pinto-pinto,
gorgorito,
saca las vacas
á veinticinco.
—En qué lugar?
—En Portugal.
—En qué calleja?
—La Moraleja.
—Salta tú, como buena oveja.

—

(Llega precipitadamente el Lacayo con una carta en bandeja de plata.)

LACAYO. Mi señora excelentísima,
esta carta es urgentísima.

ELENA. Quién la trajo? (Tomándola.)

LACAYO. Doña Gloria,

si no miente mi memoria. (Váse.)

ELENA. Oh! qué miro!... temblor siento!...
Un peligro corre atroz!...
No perdamos un momento
en lograr su salvacion.
Caralampia, estos dos niños
á su cuarto llévalos.

CARAL. Vamos, vamos, hijos mios!... (Se los lleva.)

ELENA. Protegedle, santo Dios!...

—

(Elena se abalanza á la campana y la toca repetidas veces, hasta que comienzan á presentarse por tandas y sucesivamente los criados de la casa con sus trajes habituales. Doncellas, cocineros, hortelanos, cochero y lacayo, mozos de cuadra, pinches, etc., etc. Variedad pintoresca.)

1.ª TANDA. Aquí, á su mandato,
venimos ya toós,
que usía á rebato
tocó el esquilon.

2.ª TANDA. Qué ocurre, qué pasa?
aquí estamos toós,
que en toda la casa
se oyó el esquilon.

—

ELENA. Recorred Madrid entero
sin cesar en todo el dia
y buscad á Juan García
y encontrádmele, por Dios.
Al que tenga la fortuna
de traérmele al instante,
le regalo este brillante
(Mostrando una sortija.)
de mil duros de valor.

—

CORO. En rápido curso
la pista buscando,
iremos volando
por todo Madrid.
Y á casa vendremos,
don Juan, por delante
y el rico brillante

será para mí.
(Vánse precipitadamente.)

ESCENA II.

ELENA y CARALAMPIA; al fin el LACAYO.

HABLADO.

CARAL. Gran interés, mi señora,
muestra por don Juan García.
ELENA. Si cual yo le conocieras,
tanto ó más le estimarias.
CARAL. Con el gran premio ofrecido
van á revolver la villa.
ELENA. No descanso hasta tenerle
aquí, encerrado, á mi vista.
CARAL. (Qué rara es en mi señora,
afeccion tan repentina!...
Exploremos!...) Quien la escribe
tambien da prueba inequívoca
de tenerle gran cariño.
ELENA. Es verdad: Gloria, la hija
de esa prendera.
CARAL. Y por cierto
que la moza es hermosísima.
ELENA. Lo crees así?... (Inquieta.)
CARAL. No hay duda,
pero sus luces se eclipsan
al resplandor de la estrella
que en este palacio brilla.
ELENA. (¡Ay Vírgen santa, que peso
se me ha quitado de encima!)
Hoy mi collar te regalo
de granates y amatistas.
CARAL. Mi señora me confunde!
ELENA. Tú eres una guapa chica. (La besa.)
CARAL. Mas qué peligros le cercan
al señor don Juan García?
ELENA. Anteayer, cuando marchaba
á dar la grave noticia
á Martinez de la Rosa

de la traicion que se urdia,
fué cogido por dos hombres;
pero lo vió una cuadrilla
de albañiles que le adoran
y en salvo quedó García.
Fué corriendo al Buen Suceso,
á la famosa botica,
y compró, para su hermana,
en polvo una medicina.
Pero viendo que las turbas
en Mari-Blanca se unian,
aplacó á la muchedumbre,
cuando una infame voz grita:
«Registradle los bolsillos
»y le encontrareis encima
»el veneno, que en las cubas,
»viene á arrojar esta víbora!»
Todos sobre él se lanzaron;
le perdió la medicina
y cuando iban á arrastrarle,
embriagados de ira,
la mano de Dios se puso
entre la muerte y la vida.
El tribuno Pepe Acosta,
capitan de la milicia
urbana, y á cuyo mando
la guardia estaba ese dia
del Principal, arrojóse
con violencia inaudita,
cargando á la bayoneta,
y gritando que García
era un patriota y tambien
capitan de la milicia.
Mas sin duda algun malvado
persistirá todavía
en un infame designio,
cuando Gloria me lo avisa.

LACAYO. Mi señora la marquesa,
el señor don Juan Jarcía. (Váse.)

ELENA. Que pase. Déjanos solos.
(Á Caralumpia, que se va.)
Oh, gracias, Vírgen Santísima!...

ESCENA III.

ELENA y JUAN.

ELENA. Venga usted!... Me ahoga el contento!
Respiro tranquila ahora!
JUAN. ¿Mas qué ha ocurrido, señora,
para tal recibimiento?
ELENA. Lea usted.
JUAN. (Leyendo) Bien se despacha
y alarmante es el aviso.
ELENA. Dios aquí traerle quiso!...
JUAN. Visiones de esta muchacha,
que me quiere con exceso.
ELENA. ¿No se alarma, como yo,
despues de lo que ocurrió
enfrente del Buen Suceso?
JUAN. Señora, seré prudente,
mas el miedo es falta inmensa
que hace incapaz la defensa
y deshonra al que lo siente.
ELENA. Por un milagro de Dios,
anteayer salvó su vida.
JUAN. Si una vez fué protegida,
¿por qué no ha de serlo dos?
Si de Madrid hoy emigro,
mi fin por Dios decretado,
¿piensa usted que habré logrado
alejar de mí el peligro?
No cometiendo deslices
no saldrá mi postrer dia,
que hago falta todavía
para muchos infelices.
ELENA. Mi amistad por todo pasa,
mas solo fio en los buenos;
en quince dias, lo ménos,
no sale usted de esta casa.
JUAN. ¿Y mi hermana?
ELENA. Qué niñeces!
Dos doncellas allí están,
y á verla, señor don Juan,

iré yo al dia dos veces.

JUAN. Pero...

ELENA. (Con altanería.) Nada!... No discuto!...
Obediencia y punto en boca,
que desde hoy, estar le toca
bajo mi mando absoluto.

JUAN. Señora, yo juro á usía... (Muy humilde.)

ELENA. Deje usted el tratamiento!...

JUAN. Que hasta la muerte consiento
en tan dulce tiranía.

ELENA. Las penas y regocijos
mézclanse en la vida humana:
alégrese usted, su hermana
vivirá para sus hijos.

JUAN. Y esa noticia dichosa,
¿quién la asegura en el mundo?...

ELENA. El ojo experto y profundo
del gran médico Argumosa.

JUAN. Tan delicados cariños
son del ángel que me alienta!...

ELENA. Qué alegre estoy, qué contenta
con los dos preciosos niños!...
Me tienen embelesada!...
Les voy al punto á dotar, (Él saca el pañuelo.)
que yo no puedo emplear
mejor lo que tengo en nada.

JUAN. Ante tal prueba de afecto!...
(Llorando y besándola las manos, que ella retira con cariño.)

ELENA. Y en su exámen, ¿qué ha ocurrido?...

JUAN. Para mayor dicha he sido
hoy proclamado arquitecto.

ELENA. Sea en buen hora mil veces!...

JUAN. He triunfado en la academia!...

ELENA. Ya ve usted cómo Dios premia
nuestros dolores con creces.

JUAN. Mire usted, mire el boceto
(Extendiendo un rollo sobre el velador.)
de mi obra de reválida.

ELENA. Es el germen, la crisálida
de un gran artista completo.

JUAN. Lisonja!

ELENA. Y esto es latino,
plateresco ú ogival?...
JUAN. Esto es una catedral
del género bizantino.
ELENA. Qué perfiles tan selectos!...
Basta ver tan gran conjunto,
para proclamarle al punto,
honra de los arquitectos.
JUAN. Esto de un sueño no pasa:
falta lo más necesario.
ELENA. El qué?
JUAN. Hallar un propietario,
que me encomiende una casa.
ELENA. Tengo ya el caso resuelto;
ese obstáculo le quito
yo con aquel milloncito,
que su honradez me ha devuelto.
JUAN. Oh!... gracias, Dios soberano!...
ELENA. No es favor: justicia sí.
Quiero hacer, próxima aquí,
una quinta de verano.
JUAN. Y con más arte que lujo?...
ELENA. Haga un cróquis sin primor.
Entre usté en el cenador.
JUAN. Traigo objetos de dibujo.
La inspiracion ya me inflama!...
Tengo una brillante idea
para que la quinta sea
digna de tan noble dama.
(Éntrase en el cenador.)

ESCENA IV.

ELENA, sola.

ROMANZA.

Inquieta el alma mia,
se agita de temor
y duda y desconfia,
temblando si es amor.

La lengua no se atreve
su nombre á pronunciar,
que es hijo de la plebe
y no le debo amar.
Mas ¡ay! harto sé
que en sueños le llamo
y le amo!... y le amo!. .
cual nunca yo amé!...

—

Son nobles sus acciones,
y es necia mi altivez;
que valen cien blasones
talento y honradez.
Por él perdí la calma,
y en loco frenesí,
á gritos dice el alma
«muriendo estoy por tí.»
Mas ¡ay! harto sé
que en sueños le llamo,
y le amo! le amo!
cual nunca yo amé!...

ESCENA V.

ELENA y CIRILO, que la besa en la frente: ella en la mano

HABLADO.

CIRILO. Dios te guarde, mi pupila.
ELENA. Bien venido, mi tutor.
¿Conque todo está aplacado?
CIRILO. Así parece. (Con furor mal reprimido.)
ELENA. Pues yo
mi piedra tambien he puesto
en la pacificacion.
En fin, hasta la epidemia
parece que decreció.
CIRILO. Sí, sí: todo ha mejorado
con el divino favor.
ELENA. Tambien usté habrá tenido
buena participacion

en aplacar á las turbas.

CIRILO. Yo no levanto la voz
para decir mis servicios:
mas ¿quién aquí sino yo
ha impedido esa matanza
que hubiera sido un baldon?
Mi influencia entre los pobres
ese prodigio logró;
como siembro beneficios
el fruto recogí hoy.

ELENA. Entónces gran simpatía
tendrá por ese señor
que asesinar intentaron
allá en la Puerta del Sol.

CIRILO. Ese albañil?... (Con desprecio.)

ELENA. Arquitecto.

CIRILO. Parece un hombre de pró.
Le han encontrado unos polvos!...

ELENA. Es un jóven de valor
y de honradez intachable:
por el bien de la nacion
expuso anteayer su vida
y á la paz contribuyó.

CIRILO. (Urge mucho cortar pronto
las uñas á este leon!)

ELENA. Y no ha muerto por milagro.

CIRILO. Pepe Acosta le salvó.

ELENA. El que en el álbum me puso
tan bella composicion?

CIRILO. El mismo.

ELENA. Pues ya reune
el buen ingenio al valor,
y de conocerle siento
impaciencia.

CIRILO. La ocasion
tendrás cuando se te antoje,
porque te le traeré yo.

ELENA. Al punto; cuando usted quiera.
Tiene gran alma!...

CIRILO. Pues hoy.
(Ella misma se ha entregado!...)

ELENA. ¿Sabe usted, mi buen tutor,

que he prohijado dos niños?

CIRILO. Lo sabia. ¿Y qué razon
has tenido?... (Muy disgustado.)

ELENA. Que son pobres;
que su madre se quedó
viuda, porque un mal ministro,
para dar colocacion
á un sobrino, de veinte años,
al pobre padre mandó
á Ultramar, donde se ha muerto;
hoy, en lecho de dolor,
yace la viuda indigente;
y que en medio de este atroz
cuadro de horribles miserias,
el hermano y protector
de la enferma, me ha llamado
para volverme un millon
y pico, que en vales reales,
en el secreto encontró
de un armario, que ha adquirido
á una prendera.

CIRILO. Gran Dios!...
Y quién es el asno?... (Furioso.)

ELENA. Cómo?
Qué dice usted?...

CIRILO. No, no, no!... (Cortado.)
El alma honrada, que tiene
semejante abnegacion?

ELENA. El arquitecto, y usted
quien el armario vendió.

CIRILO. (¡Y yo, que nada sabia!...
¡Bien merezco esta leccion!...)

ELENA. No extrañará usted ahora
que dote á los niños.

CIRILO. Oh!...
(Con estupor y abriendo un palmo de boca.)

ELENA. Diez mil duros cada uno,
no es exceso, y en rigor,
al cinco por ciento al año,
dentro de veinte, los dos
habrán doblado su dote,
y yo mi satisfaccion.

CIRILO. Ese plan es insensato!... (Furioso)
ELENA. ¿Está loco mi tutor?
CIRILO. ¿Y el voto sagrado, hecho
con plena conciencia á Dios,
de fundar, á tus espensas,
el monasterio mejor,
con hijas de casa noble
y para la educacion
de niñas pobres y huérfanos,
reservándote el honor
de superiora abadesa,
en que el Papa consintió?...
ELENA. Huérfana á los quince años
y siendo usted mi tutor
y único amparo en el mundo,
del colegio me sacó,
para casarme por fuerza,
sin explorar mi intencion,
ni conocer el carácter
del esposo que me dió,
y abusando cruelmente
de mi débil posicion.
Yo no conocia el mundo,
sino al través del vapor
de infantiles ilusiones
y de mi santa oracion!
En vez de dichas soñadas,
mi martirio comenzó,
bajo el poder de un tirano,
sin alma y sin religion.
Como nada conocia,
llegué á pensar, con terror,
que todos los hombres eran
como aquel á quien me unió.
Mi sufrir sin esperanza
de encontrar la salvacion,
me arrancaron aquel voto
y el cielo me libertó.
Hoy, que veo con sorpresa
que el mundo es mucho mejor,
y que hay seres que son dignos
de profunda estimacion,

el alma se me ha ensanchado,
anhelo sentir amor
y borrar tantas desdichas,
ligada á otro corazon.
Diga usted si esto es injusto
y si en ello ofendo á Dios.

CIRILO. Y el juramento?... Y el voto?...
(Con voz de trueno y alzando los brazos.)
¿Temes tu condenacion?

ELENA. Al volver de la Abisinia
mi sabio tio, el prior,
todo se lo he confesado.

CIRILO. Y á ver? Qué te contestó?... (Acosándola.)

ELENA. Que el voto y el juramento,
hechos bajo la presion
de sufrimientos horribles,
no tienen ningun valor.

CIRILO. (Esta quiere á Pepe Acosta!...)
Sí: tambien se sirve á Dios, (Variando el tono.)
siendo madre de familia:
y en tu noble posicion,
viuda jóven y opulenta,
cercada del esplendor
de la belleza y la cuna,
expuesta á persecucion
contínua de pretendientes
te verás; mas si el prior
se atreve á alzarte ese voto,
me callo: aunque en mi opinion,
debieras ir al pontífice,
por seguridad mayor.

ELENA. (Yo cortaré ántes que pienses
tu tenaz obstinacion.)
Vaya usted por Pepe Acosta.

CIRILO. Ah, picarilla!... Salió (Muy contento.)
al cabo lo que pensaba!...

ELENA. Esto es una exploracion!... (Riendo.)

CIRILO. Pronto jurar has de verle
á tus piés, eterno amor!... (Váse.)

ESCENA VI.

ELENA, JUAN, que estaba en acecho con los planos.

MUSICA.

JUAN. Ya, señora mia,
la obra terminé,
y desearia
que agradase á usted.
La presento el plano
de la habitacion,
que trazó mi mano,
para su mansion.

ELENA. Es usté un modelo
de amabilidad,
y pagar anhelo
tanta actividad.
Aunque el plano indique
toda la mansion,
bueno es que me explique
su distribucion.

JUAN. Pronto estoy, señora;
á la explicacion.

ELENA. Pues empiece ahora.

JUAN. Présteme atencion.

(Desarrolla Juan el plano y va señalando en él.)

En medio de un valle,
risueño y feraz,
se eleva la quinta,
de gusto oriental.
La cercan jardines,
que sombra la dan,
y el aire embalsaman
de aromas y azahar:
y en nido de amores,
de encanto y de paz,
entonan las aves
su dulce cantar.

ELENA. ¡Ay cuánta poesía!
¡Ay qué sublimidad!...

JUAN. Perdon, si me he excedido.

ELENA. No, no.
JUAN. Pues escuchad.

—

Aquí está la sala,
lujosa y capaz,
con mármoles finos
que la adornarán.
Aquí un gabinete
de forma ojival;
oculto retiro
del alma será,
y seda y tapices
los muros tendrán,
que todo convide
á un tierno solaz.
Á ver, qué os parece,
señora, mi plan,
y si algo le ocurre
que modificar.

—

ELENA. Me parece bien pensado
y es muy bella habitacion,
aunque usté es un arquitecto
de la escuela del amor.
Pero faltan aposentos.
JUAN. Oh, no tal!... (Turbado estoy!...)
Aquí están el oratorio,
la antesala, el tocador...
ELENA. Dónde está la sala de armas?
JUAN. Sala de armas?
ELENA. Por qué no?
Y gimnasio y fumadero.
Sí aquí falta lo mejor!...
JUAN. Como usté es una señora,
no creí (¡Válgame Dios!)
que el florete y el trapecio
de usté fueran diversion,
ni que el humo del cigarro...
ELENA. Yo fumar!... Jesus!... qué horror!...
JUAN. Pues entónces, yo no atino...
ELENA. Es muy poco previsor,
que no siempre he de ser viuda

y no hay cuarto *para dos.*

JUAN. ¡Cielo santo! ¡Ya comprendo!

ELENA. (¡Qué aprendiz es en amor!...)

—

JUAN. (Otro amor reina en su pecho!
Quién será el afortunado,
que feliz haya logrado
inspirarla una pasion!
¡Dulces sueños de ventura,
no agiteis mi mente loca,
pues jamás dirá mi boca
lo que siente el corazon!)

ELENA. (Su cariño me cautiva,
su modestia me conmueve,
pobrecillo!... no se atreve
á decirme su pasion.
Animarle es necesario,
que no soy ninguna roca,
y que al fin diga su boca
lo que siente el corazon.)

HABLADO.

JUAN. Como sé, con sentimiento,
la honda pena que la embarga
al contar la historia amarga
de su triste casamiento,
no tuve la menor duda
en el proyecto que hacia:
pensé que se proponia
ser eternamente viuda.

ELENA. Formé un designio devoto,
en mi desesperacion:
mas hallé un gran corazon
y acaso rompa mi voto.

JUAN. Mi admiracion ya consagro
al que tiene tal poder.
Mucho debe de valer
para obrar ese milagro.

ELENA. Tiene mérito, García.

JUAN. Será un apuesto galan

de altivo y noble ademan
y de ilustre gerarquía.
Será bondadoso y fino
y opulento y cortesano;
y en fin, digno de la mano
de la Marquesa del Pino.

ELENA. Un poco le falta de eso
y de maneras pulidas
y de frases escogidas,
pero tiene muy buen seso.

JUAN. Pues ya en su opinion abundo.

ELENA. Es un alma pura y bella;
rara virtud que descuella
en la corrupcion del mundo.

JUAN. Y su genio?

ELENA. Semejante,
muy parecido al de usted.

JUAN. De verle tengo hambre y sed.

ELENA. Y yo de verle mi amante.

JUAN. Pues qué, ¿no la corresponde?

ELENA. Si no lo sabe: mas llego
á presumir que está ciego.
cuando á indicios no responde.

JUAN. Novel será en estos lances.
Debiera usted olvidarlo;
en amor, á no dudarlo,
tendrá muy pocos alcances.

ELENA. Lo merecia en rigor,
mas la condicion humana
es que más crece y se afana,
ante el desvío, el amor.

JUAN. Desvío?... Y á tanto llega?...
Perdóneme, gran señora,
si á decir me atrevo ahora,
que es usted quien está ciega.

ELENA. Yo?... (Sorprendida.)

JUAN. Si: tan bella mujer,
de atractivo soberano,
¿no tiene siempre en su mano
mil recursos de vencer?
¿Ó es que siente y no medita,
porque su oculta pasion

mata su imaginacion
y sus recursos la quita?...

ELENA. Con su galante bondad,
mis prendas tan altas pone
y tal poder me supone,
que excede á la realidad.
Es un hombre sin resabios;
su cortedad le contiene
y el respeto que me tiene,
va á sellar siempre sus labios.
No dirá esta boca es mia,
pues conmigo se compara
y encuentra que nos separa
la desigual gerarquía.

JUAN. Tal vez la llegó á querer
y el miedo su labio sella.
Es la situacion más bella
que en amores puede haber.

ELENA. Pues tal situacion deploro!... (Impaciente.)

JUAN. Pero usted tiene talento.
Déle un poquito de aliento.

ELENA. Mas sin herir mi decoro.

JUAN. ¿De cuándo acá en la reñida
guerra de amor cortesana,
la mujer que siempre gana,
se va á declarar vencida?

ELENA. Vencida no: mas no hay modo
de que me llegue á entender.

JUAN. ¿Pero usted llegó á poner
todo su ingenio?

ELENA. Sí, todo!...
(Dando un golpe con el pie.)
No he de cometer deslices,
que empañar puedan mi nombre.

JUAN. Pues entónces, no ve ese hombre
más allá de sus narices.
Si su corazon adora
á un jóven, decirlo siento,
de tan corto entendimiento,
no es digno de usted, señora.
Quien no sabe adivinarla
y pierde y no le fascina

ocasion tan peregrina,
no merece disfrutarla.

ELENA. Eso juzga?... (Desesperada.)

JUAN. Sí; una perla,
un diamante se merece.
Siempre Dios la dicha ofrece
á quien no sabe cogerla.

ELENA. Es verdad!... (Furiosa.)

JUAN. Yo la respeto,
mas debe elegir mejor.

ELENA. Entre usté en el cenador (Con altivez.)
y concluya ese boceto. (Váse Juan.)

ESCENA VII.

ELENA y CARALAMPIA.

ELENA. Caralampia!... (Tocando un timbre.)

CARAL. Mi señora!...

ELENA. El libro que hoy trajo Irene.

CARAL. Tirso de Molina?

ELENA. El mismo.

CARAL. Está en este taburete. (Dándosele.)

ELENA. (Hojeando.) Página setenta: toma,
para don Juan. Dí que hojee
de mi parte, dos comedias:
«*El castigo del penseque,*»
y «*Quien calla otorga.*» Añade,
que así á su salud conviene. (Váse Caralampia.)

ESCENA VIII.

ELENA, sola.

De amor al abecedario
ignora su corazon:
pues que aprenda la leccion
del gran fraile mercenario.
Que aunque es del miedo cautivo
y su lengua el rubor ata

y tiene sangre de horchata,
le ha de picar en lo vivo. (Váse.)

ESCENA IX.

Criados de ambos sexos: van saliendo por grupos, segun se indica, dando muestras de la mayor fatiga. Despues CARALAMPIA.

MÚSICA.

PRIMER GRUPO DE HOMBRES. (Saliendo.)
Uf!... qué cansancio!...
¡Cuánto sudar,
sin que parezca
ese don Juan!
Dónde demonios
se esconderá?
Uf!... yo me ahogo!. .
No puedo más! (Se sientan en el suelo.)

MUJERES. (Saliendo.) Uf!... qué fatiga!...
Dónde estará
ese arquitecto
de Barrabás!
No le encontrasteis? (Á ellos.)

PRIMER GRUPO. Ay!... Ojalá!...

MUJERES. Pues yo no puedo
correr ya más. (Se sientan en el suelo.)

SEGUNDO GRUPO DE HOMBRES. (Saliendo.)
Uf!... qué sofoco
tan infernal!...
¿Han traido al cabo
á ese don Juan?

LOS DEMAS. No hemos logrado
brujulear!

SEGUNDO GRUPO. Pues yo estoy muerto,
no puedo más! (Tirándose al suelo.)

TODOS. Es una doble
calamidad,
que doña Elena
va á regañar,

y el que no traiga
á ese don Juan,
sin la sortija
se quedará.

CARAL. ¿Cómo estais aquí tumbados? (Saliendo.)
Qué descaro tan atroz!...
¿Es manera decorosa
de cumplir su obligacion?

CORO. Nos hallamos reventados (Levantándose.)
de correr trás de un señor,
de quien nadie nos informa,
dónde diablos se metió.

CARAL. Qué señor?

CORO. Don Juan García.

CARAL. Buen papel haceis, por Dios!

CORO. No hay tal cosa, porque el ama
á buscarle nos mandó.

CARAL. Pues en tanto que vosotros
le buscabais con ardor,
sin que nadie le llamara,
él aquí se presentó.

CORO. No es posible!

CARAL. Os lo asegura
Caralampia del Rincon,
Zorraquino y Ochandiano,
que jamás os engañó!
Mas si acaso, majaderos,
no dais crédito á mi voz,
preguntad á la persona
que hay en ese pabellon.
(Señala á Juan y váse.)

MUJERES. ¡Qué estoy viendo!... Si es el mismo!...
(Acercándose á mirar.)

HOMBRES. Si es García!... Vive Dios! ..

TODOS. ¡Ya murió nuestra esperanza!...
Ya el brillante se escapó!...
(Bajan todos al proscenio y se dicen tristemente con grandes muestras de sentimiento.)

CORO. Despues de echar los bofes,
á la carrera,
quedamos con un palmo
de boca abierta.

¡Fortuna ingrata!...
¡Me quitas el diamante
que yo esperaba!
Tanto correr,
tanto sudar
y ahora tener
que renegar,
al ver que aquel brillante
no viene ya!
Ah!... Ah!...
no viene ya!

—

Vivimos trabajando
con gran congoja,
en tanto que otros comen
la sopa boba!
No hay que cansarse,
que España es una tierra
para holgazanes.
Tanto correr,
tanto sudar,
y ahora tener
que renegar
al ver que aquel brillante
no viene ya!
Ah!... ah!..
no viene ya!

(Vánse todos lentamente por diversos lados.)

ESCENA X.

HABLADO.

CIRILO, con un papel en la mano, atraviesa la escena y viene á llamar, á derecha, á ELENA que sale.

CIRILO. Marquesita, puedo hablarte? (Gritando.)
ELENA. Allá voy. (Desde dentro.)
CIRILO. Sí!... lo consigo!... (Contento.)
ELENA. Qué ocurre? (Saliendo.)
CIRILO. Vengo á que firmes ..

ELENA. ¿Qué he de firmar, don Cirilo?
(Con impaciencia y paseándose distraida.)
CIRILO. La transaccion convenida
en el pleito de Trujillo.
ELENA. Qué transaccion?... (Mirando al cenador.)
CIRILO. No te acuerdas?
ELENA. (Ya está devorando el libro!...
Pronto le abrirá los ojos!...)
CIRILO. (Restregándose las manos.)
Pues si hace un mes te lo he dicho.
ELENA. Me he olvidado.
CIRILO. Bien: ya sabes
que encontrándose los títulos
de propiedad incompletos,
en transigir convinimos.
ELENA. Quiénes?... (Muy distraida.)
CIRILO. Yo con tus contrarios.
ELENA. Y qué quieren? (De mal humor.)
CIRILO. Con ahinco
de la ocasion se aprovechan.
Que se subaste el cortijo.
ELENA. (El maestro Gabriel Tellez
va á sacar un gran discípulo!...)
CIRILO. (Riendo á hurtadillas.)
Ya hay un comprador honrado.
ELENA. Usted?... (Con marcada ironía.)
CIRILO. Yo?... Elena! Un mendígo?...
Y que el precio se divida.
ELENA. Y pierdo un millon y pico?...
CIRILO. Consecuencia de la incuria
del señor marqués del Pino,
tu esposo, que en paz descanse.
ELENA. Y que me buscó usted mismo. (Con amargura.)
CIRILO. Bien lo he llorado, hija mia!...
ELENA. (El llanto del cocodrilo!...)
CIRILO Su criminal abandono,
dejó perder pergaminos
y preciosas escrituras.
ELENA. Juzgue Dios sus extravíos
y olvidemos su memoria. (Con severidad.)
CIRILO. Sí, pero date á partido.
ELENA. (Pues no cesa de moverse!...

Ya le ha entrado el hormiguillo.)

CIRILO. (Riéndose y refregándose las manos.)
¿Han de ser tan pingües rentas
el pasto de cuatro pillos
y cebo á la baja curia
para que esto dure un siglo?

ELENA. No, señor.

CIRILO. Pues, lo discreto,
aun con grandes sacrificios,
es transigir.

ELENA. Pero dando (Con indignacion.)
la mitad de lo que es mio?...

CIRILO. Qué remedio?... Si no tienes
limpios y claros los títulos!!..

ELENA. Como de usted el consejo (Con ironía.)
es útil, mas no le sigo.
(Si ántes pecaba de cándido
ahora va á pecar de listo!...)
(Mirando al cenador.)

CIRILO. De tres dias acá, Elena,
(Con furia reconcentrada.)
no te conozco. Yo he sido
no un tutor, más bien un padre
para tí. ¿Cómo me explico
que á tu carácter humilde
y cariñoso y sufrido,
me lo encuentro transformado
en arrogante y altivo?...

ELENA. No se extrañe. Suelen verse
cambios oríginalísimos! (En chunga.)

CIRILO. Qué quieres decir?... (Alarmado.)

ELENA. (Con calma y regodeo.) Que tengo
completos todos los títulos,
que con el millon de vales,
se han encontrado escondidos
en ese armario vetusto,
el que mal vendió usted mismo.

CIRILO. (¡Ira de Dios!...) Y ese mozo, (Furioso.)
el albañil!...

ELENA. Sí, mi amigo!...

CIRILO. (Hay que perder á ese hombre!
porque si no estoy vencido!...)

ELENA. Á buscarme á Pepe Acosta,
(Empujándole y riendo á carcajadas.)
váyase usted, don Cirilo.
CIRILO. (Infeliz!... Pronto hará bueno
Acosta al primer marido!) (Váse.)

ESCENA XI.

ELENA, á poco JUAN.

ELENA. Ya no estoy sola en el mundo,
á merced de un miserable.
Pero ese hombre impenetrable
me infunde un terror profundo.
Sí; su vida es un misterio!...
Mas Dios me da un defensor,
que me salve con su amor
de mi duro cautiverio.
Don Juan?... (Llamando hácia el cenador.)
JUAN. (Con el papel en la mano.) Salon de fumar,
el picadero aquí fuera
y con piso de madera,
sala de armas y billar.
ELENA. Aquí falta alguna cosa:
un despacho, ¿no repara?...
Sala de estudio muy clara
y biblioteca espaciosa.
Del trabajo compañera
seré en la casa que hago;
no he de elegir otro vago,
sino un hombre de carrera.
JUAN. Le apruebo el gusto, señora.
ELENA. Ah!... como tanto he sufrido!...
La ociosidad siempre ha sido
de los vicios precursora.
JUAN. Oigo á usted arrebatado,
porque yo, incansable obrero,
de humilde picapedrero,
á lo que soy he llegado.
Y es que escuché en la niñez
á mi padre moribundo:
«no hay más sendas en el mundo

»que el trabajo y la honradez.»

ELENA. Á un hombre semiperfecto
quiero fiar mi reposo:
y pudiera ser mi esposo...
un pintor... ó un arquitecto.

JUAN. ¿Cómo?... ¿Á un hombre sin fortuna,
ni perfume cortesano,
le va usted á dar su mano,
no obstante su egregia cuna?...

ELENA. El rico que vive á gusto
y ha sido bien educado,
tiene mucho adelantado
para ser un hombre justo.
Pero el que pobre ha nacido
y aislado en su juventud,
necesita gran virtud
para no ser corrompido.
Si á la presencia de Dios
vuelan, de frentes difuntas,
las almas de los dos juntas,
¿cuál vale más de las dos?...

JUAN. (Con fuego.) Ahora mi mente divisa
cuanto su pecho atesora.

ELENA. El hombre que mi alma adora,
no lo sabe y tengo prisa.
Vale mucho y da en tener
de sí tan humilde idea,
que no hay modo de que crea
que yo le pueda querer.

JUAN. Pues si sorprende algun dia
ese precioso secreto,
teniendo á usted tal respeto,
puede morir de alegría.

ELENA. (Con gozo.) ¿Luego usted piensa que mata
de una pasion la violencia?

JUAN. Como siento con vehemencia,
no hallo mi idea insensata.

ELENA. ¿Y en todo es vehemente?...

JUAN. En todo.
Mi amor fuera un huracan!...

ELENA. Me da usted miedo, don Juan!... (Ironía.)

JUAN. No sé sentir de otro modo.

ELENA. Amor no ha de ser tan brusco.
JUAN. (Con calor.) El amor es, gran señora,
morir por la que se adora!...
ELENA. (Con alegría.) (Este es el hombre que busco!...)
Corazon tan cariñoso,
hará feliz á cualquiera
que elija por compañera.
JUAN. Pues nunca seré dichoso.
ELENA. Por qué?... (Con inquietud.)
JUAN. Porque á grande altura,
queriendo subir á saltos,
puse los ojos tan altos,
que mi ambicion es locura.
La cumbre hallé conquistada
por quien tuvo mejor sino
y á la mitad del camino,
pensé que...
ELENA. (Con altivez.) No pensó nada!..
Dios mandó en sus leyes pías,
para los que bien se amasen,
que en amor se nivelasen
los rangos y gerarquías.
Tan libre soy como el viento
y á nadie debo dar cuenta.
JUAN. ¡Feliz el que usted consienta
vivir en su pensamiento!... (Con fuego.)
ELENA. Mas no el que de tonto peque
y ocasion deje perder:
que viniera á merecer
el castigo del penseque.
JUAN Pues ya callar no me mande,
ni me acuse atrevimientos,
si Dios, por mis sufrimientos,
me otorga premio tan grande.
Con el alma henchida y llena
del amor más sacrosanto,
á sus piés, deshecho en llanto, (Se arrodilla.)
juro que la adoro, Elena!...
ELENA. (Gracias á Dios!...) (Con alegría mirando al cielo.)

ESCENA XII.

DICHOS y CARALAMPIA.

CARAL. Ay!... Perdóneme
vuecencia por presentarme.
ELENA. (Enfadada.) ¿Y quién te ha dado permiso
para venir sin llamarte?
JUAN. Vamos, yo ruego por ella,
que hoy no es posible enfadarse.
CARAL. El señor don José Acosta
está esperando.
ELENA. (Con alegría.) Que pase.
(Ahora le pico los celos
y le pongo como un guante!...)
Déjenos y allí concluya
el cróquis en lo que falte.
Es un pretendiente y debo
recibirle y contestarle.
JUAN. Un pretendiente, señora?... (Alarmado.)
ELENA. Tengo muchos!... Oiga y calle.
(Váse Juan escamado al cenador.)
Ingenio y coquetería,
pronto venid á auxiliarme!...

ESCENA XIII.

ELENA y PEPE ACOSTA, JUAN, en el cenador.

PEPE. Á la señora marquesa
beso los piés. (Desde el fondo.)
ELENA. Adelante. (Ofreciéndole una silla.)
PEPE. Y vengo á tomar sus órdenes,
muy honrado en que me llame,
pues el gusto de servirla,
fuera mi placer más grande.
ELENA. Servidores no merezco
de tan altas cualidades.
PEPE. Emperadores y reyes,
en servirla bien honráranse,
cuanto ni más un tribuno

humilde, que el pueblo aplaude.

ELENA. Gústanle al señor Acosta
hiperbólicos donaires.

JUAN. (Siento deberle la vida
á este orador retumbante.)

PEPE. La virtud y la hermosura,
no hay poder que no avasallen.

ELENA. Incienso tan excesivo,
temo que llegue á asfixiarme.

PEPE. Está demasiado alta,
para que el humo la alcance.

JUAN. (Ya me sube á las narices
el humo de este danzante.)

ELENA. Su valor y su heroismo,
han salvado, hace tres tardes,
á un predicador del bien,
cuando ya iban á matarle.
Y como *le quiero un poco*, (Con intencion.)
quien le salvó, en adelante,
de cuanto yo pueda y valga,
dispondrá, si así le place.

JUAN. (Dice que un poco me quiere:
pues un poco no es bastante.)

PEPE. Yo he cumplido un deber solo
y ese premio inestimable,
no merezco.

ELENA. Gran idea
tenia de su carácter,
mas la realidad excede
á pinturas amigables.

PEPE. Usted es muy bondadosa:
yo tengo amigos leales,
que ven con lentes de aumento
cuanto á mi persona atañe.

ESCENA XIV.

DICHOS, el LACAYO.

LACAYO. Mi señora excelentísima,
comienza á escucharse un ruidu
muy lejanu pur las ca lles,

y andan partidas de pillus
cun armas, y las personas
que llegan á este edificiu,
dicen que Madriz nu tiene
buena cara, pur lu vistu.

TODOS. Á ver?... Á ver?... (Yendo al fondo.)

LACAYO. Mas sabremus,
que aquí llega Dun Cirilu.

ESCENA XV.

DICHOS, D. CIRILO, agitado.

Váse el Lacayo á una seña de Elena.

CIRILO. En tan críticos momentos,
nada el gobierno dispone.

ELENA. Pues qué, ¿posible aun supone (Alarmada.)
un asalto á los conventos?...

CIRILO. No voy tan lejos, señora.

ELENA Si algo á mi tio le pasa!...

CIRILO. Que se ampare en esta casa,
por prudencia, pero ahora.

ELENA. Sus palabras son crueles!

JUAN. ¿Quiere que le de un aviso?... (Á Elena.)

CIRILO. Que ponga en salvo es preciso
su persona y sus papeles.

ELENA. El cielo hará que no muera!

CIRILO. Tú no sabes el valor
de la vida del prior
para la nacion entera.

JUAN. Ya nos hallamos ansiosos
del secreto que atesora!

PEPE. Don Cirilo, esta no es hora
de misterios tenebrosos.

CIRILO. En su celda oculto encierra (Con misterio.)
el prior de ese convento,
un precioso documento,
que puede acabar la guerra.

ELENA. ¿Y qué contiene ese arcano?

CIRILO. Una soberana ley:
un codicilo del Rey,

legando el trono á su hermano.

PEPE. Y su hija?...

CIRILO. Será rota
la diadema que ha ceñido.
El rey firmó cohibido
por doña Luisa Cárlota.

JUAN. Contra el pueblo desbordado,
daré mi postrer aliento,
en el umbral de un convento.

PEPE. Y yo moriré á su lado!...

(D. Cirilo se pasea furioso y agita el pañuelo blanco, en la balaustrada del fondo, fingiendo abanicarse.)

ELENA. Si con su valor reprimen
la ciega plebe homicida,
Dios velará por la vida
de los que atajen el crímen.

CIRILO. (No aguardo más!... Llamo al chico!...)

ELENA. ¿Por qué esa agitacion loca?

CIRILO. Es que el calor me sofoca
y el pañuelo es mi abanico.

ESCENA XVI.

DICHOS, luego CARALAMPIA y doncellas de Elena; en seguida el CHATO y turba de pillos desarrapados, que escalan la balaustrada del fondo armados de trabucos y navajas: despues LUIS, SERAFIN, GLORIA y la LIBERALA. El cielo va nublándose progresivamente durante este final, dejando ver de cuando en cuando las señales de una tempestad, que estalla furiosamente á la conclusion del acto. Á su tiempo, el LACAYO que asoma á la ventana y apunta con una escopeta.

MUSICA.

EL CHATO y CORO DE HOMBRES. (Dentro, á lo lejos.)
¡Que muera Juan García!
¡que muera ese traidor,
que el agua de las fuentes
villano envenenó!

ELENA. Paréceme que escucho
fatídico rumor!
¿Qué es esto, don Cirilo?

CIRILO. Es la revolucion.
ELENA. ¡Dios santo!... pero un nombre
se escucha entre el fragor!...
¡Quizá de mis sentidos
será fascinacion!
CARALAMPIA y CORO DE DONCELLAS. (Saliendo muy agitadas.)
¡Señora, turba infame
la casa acometió,
y luchan los criados
con ella en el porton:
huyamos, porque quiere,
con ímpetu feroz,
matar á Juan García
por envenenador!
PEPE. (Á Juan.) Ocúltese al momento!
ELENA. (Id.) Escóndase, por Dios!
JUAN. (Tranquilo.) Así confirmaria
su infame acusacion!
ELENA. Ocúltese al instante!
JUAN. No temo su furor.
El criminal se oculta,
el inocente no!
CHATO y PILLOS. (Asomando por la balaustrada.)
¡Que muera Juan García!
ELENA, CARALAMPIA y DONCELLAS. (Con grito y retirándose.)
¡Dios mio, compasion!
PEPE. (Á ellas.) No tiemblen, que á su lado
aquí me encuentro yo!
CHATO y PILLOS. (Saltando.)
¡Que muera ese tunante,
que muera ese traidor,
que el agua de las fuentes
villano envenenó!
PEPE. (Colocándose delante de Juan y apuntando á los pillos con un par de pistolas que saca de la levita.)
Atrás, miserables!
ó doy muerte á dos!
CHATO. Señor Pepe Acosta,
dejad al bribon,
que muera

PILLOS. ¡Qué muera!
ELENA. ((Interponiéndose.)
¡En nombre de Dios,
no hagais un delito
que no halla perdon!
CHATO. ¡Atrás, ó hago fuego!
LACAYO. (Asomándose y apuntando con su escopeta.)
Lu que es esu, no!
que parapetadu
detrás de un culchon,
te saltu el celebru,
y Juan nunca erró.
LUIS y SERAFIN. (Saliendo con pistolas.)
Tambien en su ayuda
venimos los dos.
GLORIA y la LIBERALA. (Saliendo.)
¡Qué es esto, manolos!
Tendriais valor
en ir contra uno
mas de un batallon!
PILLOS. ¡Afuera mujeres!
CHATO. (Á ellas.) ¡Atrás, voto á brios,
ó mueren ya todos
sin más dilacion!
ELENA y TODAS LAS MUJERES. (Gritando.)
¡Socorro!
CHATO y PILLOS. (En actitud de arremeter.)
¡Qué mueran!
PEPE, LUIS, SERAFIN y el LACAYO. (Apuntándoles.)
¡Canalla feroz!
Venid.
JUAN. (Interponiéndose y con voz de trueno.)
Deteneos!
y oid por favor.
De infame calumnia
la víctima soy:
lo juro invocando
las iras de Dios.
Mas si hay quien lo dude,
que salga veloz
y clave en mi pecho
su acero traidor!

(Presentando resueltamente su pecho.)

CHATO y PILLOS. (Parece al oirle (Entre sí.)
que tiene razon.)
(Momento de estupor general.)

CONCERTANTE.

JUAN. (¡Tantas penas y congojas
por guardar mi limpio honor,
para verle mancillado
con calumnia tan atroz!
Justo cielo, que contemplas
tan horrible acusacion,
lanza el rayo de tus iras
contra el vil calumniador!)

ELENA. (En el alma enamorada
suena el eco de su voz,
y al mirar tanta nobleza
crece el fuego del amor.
¡Justo cielo, que contemplas
la terrible acusacion,
lanza el rayo de tus iras
contra el vil calumniador!)

GLOBIA, LIBERALA, LUIS, SERAFIN, PEPE, CARALAMPIA y CORO DE MUJERES.
(Sólo al verlo se comprende
que sin mancha está su honor,
y las almas se conmueven
al acento de su voz.
¡Justo cielo, que contemplas
tan terrible acusacion,
lanza el rayo de tus iras
contra el vil calumniador!)

CIRILO y el CHATO. (Cada uno para sí.)
(Con arranque tan valiente
á las turbas aplacó.
¡No haga el diablo que se vuelvan
al acento de su voz!
Que si al fin se descubriera
que yo fuí calumniador,
de seguro no librara

de su fiera indignacion.)

CORO DE PILLOS.

(Yo no sé lo que me pasa,
contemplando su valor,
que á pesar de mi coraje,
no me atrevo á alzar la voz.
Voy temiendo que si es falsa
la terrible acusacion,
sobre mí descargue el cielo
algun rayo vengador!)

—

CHATO. (Reponiéndose.)
Ya basta de pamemas!
Yo sé que es la verdad:
que Juan con unos polvos,
nos iba á envenenar.
Allá en la Mariblanca,
probóse su verdad
y á no ser por la guardia,
perdido estaba ya.

JUAN. Compré una medicina,
sencilla por demas,
que fué para mi hermana
y aquí la prueba está.
(Saca un papel de polvos.)

CHATO. ¡Mentira! que es veneno,
y grande cantidad
llevaba en su bolsillo.

PILLOS. ¡Que muera ese truhan!

ELENA. (Á las doncellas.)
Llamad á mis criados!

CHATO. (Con cinismo, enseñando una llave.)
Inútil es llamar:
los tengo yo encerrados,
con llave, en el zaguan!

TODAS LAS MUJERES, PEPE, LUIS y SERAFIN.
¡Qué audacia!

JUAN. (Al Chato.) ¡Miserable!

CHATO. Si no es un criminal,
que venga al Buen Suceso
y allí lo probará.

PILLOS. Que venga, sí, partamos!

ELENA. (Ap. á Juan.) Por Cristo que no irá,
porque esos miserables
le van á asesinar!

JUAN. (Á ellos.) Yo puedo mi inocencia
aquí mismo probar.
Miradme bien!...

TODOS. ¿Qué intenta?

JUAN. Los polvos aquí están.
(Echándolos en un vaso de agua que hay sobre el velador.)
Tambien los que vosotros,
con ánimo infernal,
en este otro bolsillo
hicísteis deslizar.
(Saca otros polvos del pantalon y los echa tambien en el vaso revolviéndolos todos.)
Si en ellos hay veneno,
la muerte me darán.
(Va á beber y Elena le detiene.)

ELENA. ¡Dios santo! No los beba!...
Si fuesen...

JUAN. (Con resolucion.) ¡Qué más da!...
mi honor es lo primero
y Dios me salvará. (Bebe.)

—

CHATO y PILLOS. Pues vamos corriendo,
que si es inocente,
la prueba patente
su vida será;
y si es un malvado,
ya lleva en el seno
su propio veneno,
que le ha de matar.

JUAN. (¡Oh Dios poderoso,
que ves mi tormento,
aplaca un momento
mi triste penar:
que salga yo honrado
de trance tan fuerte
y luego la muerte,
si quieres me das!)

ELENA. (¡Oh santos del cielo,

guardad al que adoro,
por él os imploro,
con férvido afan.
Salvadle piadosos
de trance tan fuerte
y dadme la muerte
si vida le dais.)

CIRILO. (Con gozo mi triunfo
logré de ese tonto
y veo que pronto
estorbos no habrá;
porque ese menguado
ya lleva en el seno
horrible veneno,
que le ha de matar.)

TODOS los demas. (Al ver que tranquilo
este hombre se muestra,
su cara demuestra
que dice verdad.
Corramos tras ellos,
porque es mala gente
y al pobre inocente
pudieran matar.)

(Vanse todos menos Elena, que se arrodilla y reza enjugandose las lágrimas: la tempestad arrecia y un relámpago la asusta y se cubre el rostro con las manos. Cirilo asomando á un lado, agita un pañuelo blanco. Suenan gritos ahogados de los niños. Elena asustada se dirige al pabellon; un bandido sale y la pone dos pistolas al pecho; otro saca los niños en brazos ó de las manos y desaparece con ellos por la balaustrada: ella grita ¡*socorro*! y cae desmayada: cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Portería de un convento de frailes, en Madrid. Decoracion blanca, sin arte alguno. Desde el proscenio hasta el muro de fondo de la escena, hay tres partes diferentes; la más cercana al público es la portería, propiamente dicha, con un arco practicable á un lado y una puerta al otro, que da á clausura. La segunda parte es el vestíbulo, con tres arcos á la portería y una verja al fondo, que da á la calle, donde transita la gente y se ven casas en último término.

ESCENA PRIMERA.

INTRODUCCION MUSICAL.

En el vestíbulo, cinco pabellones de fusiles y dos centinelas paseándose. PEPE, capitan de urbanos; LUIS, teniente; SERAFIN, alférez; sentados á un lado, leyendo el primero el *Eco del Comercio*. Coro de urbanos en traje de verano. Entre ellos dos sargentos y dos cabos. Prestan la mayor atencion á lo que lee el capitan, estando colocados en grupos y semicírculo pintoresco. El CHATO, mozo de la compañía, vestido de chulo y con gorra de cuartel, de medio lado y echada atrás, á lo maton. Una mesita en primer término, con recado de escribir. Bancos y sillas. Pila de agua bendita. Carteles devotos.

PEPE. *El Eco del Comercio*
nos da esta relacion.
CORO. Pues siga la lectura,

prestemos atencion.

PEPE. (Leyendo.) De pronto se ha esparcido
el súbito rumor,
de que en Madrid los frailes,
sirviendo á la faccion,
y para que las Córtes
no dejen oir su voz
el dia veinticuatro,
segun se decretó,
hicieron de las aguas
veneno asolador,
y así tal incremento
el cólera tomó.

CORO. Calumnias insensatas
del bando servilon,
que nuestras libertades
quitarnos intentó.

PEPE. Primero en San Isidro
y luego en la Merced
y en San Francisco el Grande
y en San Martin despues,
han muerto más de ciento,
cien hijos de la fe,
vilmente asesinados,
del mismo altar al pie,
por hordas poseidas
de loca embriaguez,
que nada han respetado,
ni religion, ni ley.

CORO. Oprobio y vilipendio
á todo criminal,
que así deshonra infame
la España liberal.

PEPE. Y allí no ha parecido
ninguna autoridad,
ninguna fuerza pública,
civil ó militar;
tan sólo mereciendo
los nombres recordar
de Abrantes, Casa-Irujo,
y de Espinardo á más;
que duques y marqueses,

en dia tan fatal,
valientes arrostrando
la furia popular,
con bravos escuadrones
de urbanos, enfrenar
lograron los desmanes
de plebe criminal. (Cesa la lectura.)

CORO. Honor á la nobleza
tan brava y tan leal,
que vuelve por la honra
del bando liberal.

—

LUIS, SERAFIN y CORO. No dice más?

PEPE. No dice más?
Oid la consigna.
que os voy á dar.

(Bajan al proscenio y los urbanos le rodean.)

—

PEPE. Si este convento que custodiamos
la turba infame quiere asaltar,
ántes que ponga dentro su planta,
la sangre nuestra debemos dar.
¡Ánimo fuerte contra el malvado
que estos umbrales quiera pisar:
no toleremos que se deshonre
nuestra bandera de libertad!

LUIS, SERAFIN y CORO.
Si este convento que custodiamos
la turba infame quiere asaltar,
ántes que ponga dentro su planta,
la sangre nuestra debemos dar.
¡Ánimo fuerte contra el malvado
que estos umbrales quiera pisar:
no toleremos que se deshonre
nuestra bandera de libertad!

(Cesa la música.)

(Sepáranse los urbanos por pequeños grupos y vánse hácia los pabellones. El Chato, que ha estado paseándose con impaciencia, por el fondo, durante la escena anterior, se aproxima al capitan y al teniente y empieza el diálogo.)

ESCENA II.

CHATO, PEPE, LUIS y SERAFIN.

HABLADO.

CHATO. ¿Qué bien viene, cabayeros,
este sermon de moral
con los descursos que echaban
en Lorencini y ayá
en el Príncipe, en el Nuevo
y en toitas las demas
habladurías patrióticas?
PEPE. ¿Qué nos quieres recordar?
CHATO. ¿Tiene culpa el probe pueblo
si hace alguna atrocidad,
cuando en los clubs y periódicos
dicen los que saben más,
que si el gobierno no cumple
la ley con el criminal,
puede el pueblo, por su mano,
hacer justicia ejemplar?
Si los sabios eso dicen,
los inorantes, ¿qué harán?
Los mandones que consienten
que el pueblo afile el puñal,
tienen que ser los primeros
que á su punta han de acabar.
PEPE. Si en vez de echarte á político
sin conocer ni aun la *a*,
siguieras con tus colchones,
buscándote honrado pan,
ganaría un alma el cielo
y un hombre la sociedad.
CHATO. ¿Por qué no toman pa ustedes
esa leccion de moral?
PEPE. Mira, vete de mi vista!
(Yendo á él; Luis le detiene.)
CHATO. Lo que veo es que don Juan
ha hecho de dos calaveras
hombres de formalidad.
PEPE No lo niego; tiene un alma,

que cuanto llega á tocar,
lo ennoblece y purifica
con su ingénita bondad.

SERAFIN. Si por mi empleo maldito,
viuda se vino á quedar
la hermana del arquitecto,
con dos huérfanos á más;
por eso corrí á salvarle
de la turba criminal:
y á la madre y á los niños,
nunca ha de faltarles pan,
y hasta verteré mi sangre
por poderlos rescatar.

LUIS. Ese lenguaje te honra. (Dándole la mano.)

PEPE. Ya eres un mozo cabal. (Idem.)

LUIS. De los niños olvidado,
para ser el capitan
de milicianos, le he visto,
con santa tranquilidad,
exponer su noble pecho
entre el fusil ó el puñal
y los monjes de rodillas,
orando al pie del altar.

PEPE. ¿Ves que á pesar de tus polvos
sano y salvo se halla Juan?

CHATO. ¿Tan perverso me suponen?

LUIS. Tú de todo eres capaz!...

CHATO. (Yo le daré al boticario
un tiento, por engañar!...) (Váse.)

ESCENA III.

PEPE, LUIS, SERAFIN. Pausa.

PEPE. Con nuestra ciencia, harto mezquina,
y el necio orgullo de perorar,
hemos llevado casi á la ruina,
en nuestra patria, la libertad.

LUIS. Este es el pueblo, que soberano
nuestros discursos le hacen creer;
ántes de abrirle tanto la mano,
el catecismo debe aprender.

SERAFIN. Pues para colmo de nuestros males,
dan cien tribunos en proclamar,
que los que ignoran aun las vocales,
como los sabios deben votar.

PEPE. Tiembla ante el dia que en nuestra España
tal despropósito llegues á ver,
que hay poco grano, mucha cizaña
y nunca el mando tendrá el saber.
Si al hombre rudo no le transforma
el alfabeto, la religion,
tan sólo de hombre tiene la forma,
pero no el alma ni el corazon.

ESCENA IV.

DICHOS, GLORIA, y la LIBERALA, aparecen por la verja, con mantillas de franja, muy rumbosas, y cestas al brazo, llenas de comestibles y botellas, cubiertas con pañuelos de seda.

MUSICA.

GLORIA y LIB. Salud á los valientes
urbanos, que aquí están
guardando de asesinos
á la comunidad.

CORO. Que vivan las manolas
de rumbo y calidad
y piés, que por mirarlos
nos hacen tropezar.

GLORIA y LIB. (Enseñando las botellas.)
Pa toa la compañía
traemos mostagan.

CORO. Iguala á su hermosura
su generosidad.

PEPE. Estás muy guapa, Gloria!

LUIS. Y tú tambien lo estás. (Á la Liberala.)

GLORIA y LIB. Como es dia de tiros,
venimos á pasar
con estos dos piratas
un rato de solaz.

PEPE y LUIS. Bendita sea la idea
que os ha traido acá,
á distraer la murria

y el tédio á desterrar.

GLORIA y LIB. Pues vamos al refresco
y no haya penas ya.

CORO. Que cante la tirana
de nuestro capitan.

GLORIA. Qué canto?...

CORO. Seguidillas.

GLORIA. No me hago de rogar.

CORO. Bendita boca de oro!...

GLORIA. Señores, allá va!...

GLORIA. Pá urbanos cazadores
de chispa y rumbo,
con charreteras verdes
y melenúos,
quiere el destino
que guarden las manolas
su fiel pechito.

PEPE, LUIS, SERAFIN y CORO. Yo soy cazador,
tengo buen fusil,
pero con tu voz,
me has cazado á mí.
Viva la manola!...
Viva!..
que es gloria de Madrid!

GLORIA y LIB. Si eres cazador,
guárdate el fusil,
puesto que con él
no se caza aquí;
y el que á la manola
cace,
debe ser galopin.

—

GLORIA. De Lavapiés la plaza
nacer me ha visto,
y en el gran San Lorenzo,
fué mi bautizo.
¡Alce pa arriba
la que me eche la pata
en sangre limpia.

CORO. Yo soy cazador, etc.

GLORIA y LIB. Si eres cazador, etc.

ESCENA V.

DICHOS y CIRILO, que llama aparte á PEPE. Las dos manolas se retiran al fondo con los URBANOS, á quienes dan las botellas de vino, que corren de mano en mano. GLORIA, escamada con el cuchicheo de PEPE y CIRILO, los mira con recelo, durante la escena, trata de acercarse algo á escuchar, y al oir el nombre de ELENA, da muestras de inquietud é impaciencia.

HABLADO.

CIRILO. Con urgencia vengo á verte.
PEPE. Pues hablemos aquí, á un lado.
CIRILO. ¿Quieres ser un potentado?
En mi mano está tu suerte.
PEPE. ¿No habrá nada deshonroso,
ó que imprima un sello vil?
CIRILO. ¿De cuándo acá, ese albañil
te ha hecho tan escrupuloso?
PEPE. Pues al grano.
CIRILO. Que oigas quiero.
Al salir de misa ayer,
ví, en la confusion, caer
una carta en mi sombrero.
Nunca fuera á San Gerónimo:
de los dos niños se hablaba
y á horrible precio tasaba
sus vidas, aquel anónimo.
Despues de rudo combate,
en un documento, Elena,
hoy cedió, de angustia llena,
sus bienes por el rescate.
Por aviso de otra pluma,
ya sospecho donde están
y que se rescatarán
por la mitad de esa suma.
Eres un gallardo chico;
las horas pobres son largas,
tú de los niños te encargas,
los entregas y eres rico.
PEPE. Y hago partes un tesoro,
entre lágrimas robado
y soy el mayor malvado

por unos doblones de oro.
Aquí, en resúmen, lo cierto
es encontrarse, al final,
una causa criminal
y usted quiere echarme el muerto.

CIRILO. Tu injurioso lábio sella,
si no ves, en tu arrebato,
que podrias, insensato,
hasta casarte con ella.

PEPE. Si usted con prisa notoria
excitóme la aficion
á Elena, por ambicion,
ya no adoro más que á Gloria.
Ser honrado y pobre elijo:
y lo infame es que se asombre
usted, don Cirilo, ¡el hombre
que arruinó al padre y al hijo!...

CIRILO. Voy á hacer una oracion,
por tí, con ferviente anhelo.

PEPE. Vaya usted á ver si el cielo
le toca en el corazon.

CIRILO. Si en el convento hay desmanes,
nadar guardando el capote:
no hagas aquí el don Quijote
de esta legion de holgazanes.

PEPE. ¿Y consejos tan odiosos
se atreve usté á darme al fin?
El carlista paladin
de los pobres religiosos?,

CIRILO. Cristino por conveniencia,
tambien suelo ser carlista.

PEPE. ¡Quítese usted de mi vista,
que me falta la paciencia!
(Furioso y echando mano al sable: Cirilo huye.)

ESCENA VI.

PEPE, GLORIA, la LIBERALA y LUIS, que se acercan á primer término.

GLORIA. Si en limpio no saqué náa, (Enfadada.)
aquí de Elena se ha hablao,

y tú, Pepe, estás chalao
por la usía remilgáa.

PEPE. Te equivocas, Gloria mia: (Con cariño.)
tu madre es quien me desprecia,
por pobre, queriendo, necia,
casarte con Juan García.

GLORIA. Pediste á Elena su mano!...

PEPE. Sí, por tu madre ofendido,
pero no porque te olvido.

GLORIA. Mas querer á otra, no es llano.

PEPE. ¿Y escribir á la marquesa
el peligro de don Juan?

GLORIA. Cuando á asesinarle van,
¿quién por él no se interesa?
¿No le salvaste la vida?
¿no me has dado tú el ejemplo?
Mi corazon es un templo
en donde un ingrato anida.
Si hacerte probe Dios quiso,
más he de amarte y con creces.

PEPE. Gloria mia!... (Cogiéndola la cintura.)

GLORIA. No mereces
(Rechazándole con dulzura.)
ni aun besar donde yo piso.

PEPE. Tú eres rica y yo no quiero!...

GLORIA. No me insultes más, por Dios!

LIB. En queriéndoos bien los dos,
¿qué os importa el mundo entero?

GLORIA. Sabiendo lo que nos pasa
la marquesa, me ha ofrecío
darte un empleo lucío
y hasta vivir en su casa.

LIB. Qué alma tiene su excelencia!...

GLORIA. En tu nombre he rehusao,
porque yo tengo sobrao
pa que vivas con decencia.
Se acabaron tus apuros!...
Te he comprao, pa quedar harta,
un gaban de piel de marta,
que vale quinientos duros.

LIB. Pues al mio atrás no dejo.
Fundaré un papel político,

pa que mi poeta y crítico
se nutra y llene el pellejo.
Él es mordaz y valiente
y yo regulucionaria:
partimos: yo la empresaria
y él menistro ó intendente.

LUIS. Mirad, recorred Madrid,
por si hay alguna noticia,
porque importa á la milicia
sorprender cualquiera ardid.

LIB. Pues á dar güelta á noría,
con noticia güena ó mala.

LUIS. Que viva mi Liberala!...

PEPE. Que Dios bendiga á mi Gloria!...
(Vánse Gloria y la Liberala.)

ESCENA VII.

PEPE, LUIS, SERAFIN y los URBANOS.

PEPE. Aquí, señores urbanos. (Llegan.)

SERAFIN. El capitan, ¿qué nos manda?

PEPE. Que redoblen es preciso
la contínua vigilancia
y que no entre alma viviente,
sin mi órden precisa y clara.

LUIS. Temes algo?

PEPE. Luis, no quiero
que en tan graves circunstancias,
nos coja desprevenidos
una traidora emboscada,
que todo suceder puede
habiendo gente tan mala.

SERAFIN. Mi capitan, tengo oido
que una senda subterránea
comunica este convento
con otro, y, si por desgracia,
las turbas nos sorprendieran...

PEPE. Yo no creo esas patrañas.

LUIS. Pues aquí hay una gran losa
con dos argollas clavadas.

TODOS. Es verdad!... (Mirando.)

PEPE. Y está movida.

CHATO. Yo sé la cosa más clara.
LUIS. Cuéntalo.
CHATO. Los frailes cómodos,
pa tener muy fresca el agua,
mandaron á Juan García
que les hiciera una balsa,
debajo del patio grande.
SERAFIN. Y entónces quedó cortada
la galería que digo.
CHATO. Esa escalera va al agua.
LUIS. Un algibe!... una cisterna!...
Con cuánto mimo se tratan!
PEPE. Ahora vamos á saberlo:
que han invitado á la guardia
á asistir al refectorio
y en amigable compaña,
almorzaremos con ellos.
SERAFIN. Oh comilona eclesiástica!...
LUIS. Qué festin!... Ya me relamo!... (Lo hace.)
PEPE. La señal de la campana! (Suena.)

MUSICA.

CORO. Oh qué contraste tan delicioso
frailes y urbanos vamos á hacer:
ellos con cráneo limpio y lustroso,
nuestras melenas casi á los pies.
Ellos orondos y colorados,
pues cada fraile come por tres;
nosotros secos y rechupados
y con más hambre que veintiseis.

—

Oh qué ensalada! oh qué embutido!
Qué olla podrida, vamos á ver!
Es el que come con el comido!
Es la abundancia con la escasez!
Nosotros pobres, á su pitanza
hoy acudimos con avidez,
que ellos los reyes son de la holganza,
pues sin trabajo viven muy bien!
(Vánse todos con la música ménos los centinelas y el Chato, que se queda meditando.)

ESCENA VIII.

El CHATO, luego D. CIRILO.

HABLADO.

CHATO. Yo, que por náa ya me asusto,
canguelitis siento á fe,
desde que ese tio tunante
me tiene liao con él.
CIRILO. (Entrando.) Hola, Chato, te buscaba.
CHATO. Pues aquí me tiene usted.
CIRILO. ¿Están seguros los niños?
CHATO. Y ni el sol los puede ver,
pero me da mala espina
este negocio.
CIRILO. Por qué?
CHATO. Porque hay gente poderosa
de por medio, y si á saber
llegan el fregao, maestro,
nos columpian de un cordel.
CIRILO. No te creí tan cobarde.
Conmigo, ¿qué has de temer?
CHATO. Ya se ha olío la tia Rufa
dónde están, y sabe usted
que los quiere.
CIRILO. Tambien sabe
que yo la puedo perder.
CHATO. Aquí tiene el inventario. (Dándole un papel.)
CIRILO. ¿En este sucio papel? (Lee.)
CHATO. Yo no soy hombre de letras.
Las alhajas que anteayer
afanó la compañía
de la tia Rufa y de usted,
allá en San Francisco el Grande,
San Isidro y la Merced.
CIRILO. ¿Y el collar de ópalos nobles
(Con furor creciente.)
de la Vírgen de la Fe?
¿Los clavos de oro y brillantes
del Cristo de la Merced?
¿La diadema de amatistas

y el manto de Santa Inés?
¿Y tantas grandes alhajas
que aquí mis ojos no ven?

CHATO. Yo no sé náa, don Cerilo.

CIRILO. Responde, infame!...
(Cogiéndole por el pescuezo: el otro se sacude.)

CHATO. No sé.
Usté no expone al verdugo,
como cáa quisque, la nuez.

CIRILO. ¿Me traes hecha ya la llave?

CHATO. Sí señor, téngala usté. (Dándosela.)
He pasao la noche en claro.

CIRILO. Y la probaste?

CHATO. Pa qué?
Si es igual al morde en cera,
que hicimos los dos ayer.

CIRILO. No olvides mis instrucciones:
á nuestra gente conten
en las tapias de la huerta,
hasta que la órden te dé
para que el pajar incendies
y en la confusion entreis.

CHATO. Bueno, bueno! (En chunga.)

CIRILO. (Codicilo!...
tú me vas á enriquecer!...)
(Abre Cirilo con la llave, la puerta de clausura, sonando la cerradura y desaparece.)

ESCENA IX.

El CHATO y luego ELENA, con mantilla y velo echado.

CHATO. Este tio á su negocio!
Solo mira á su interés.
Doy el gorpe, que ahora se hayan
muy ocupaos en comer.

ELENA. ¿Dónde está don José Acosta? (Angustiada.)
Por Dios, búsquemele usted.
(Dándole una moneda.)

CHATO. Bendito sea ese cuerpo
y esos ojos y esos piés!...
(Ahora el capitan se lia

con esta hermosa mujer
y quedo dueño del campo
y me tupo de parnés!...)
(Grita por el arco del costado.)
¡Que el señor capitan sarga,
que le busca una mujer. (Váse.)

ESCENA X.

ELENA, luego PEPE y despues JUAN, por la verja.

ELENA. Reina hermosa de los Ángeles,
que tanta injusticia ves, (Con fervor.)
devuélveme la esperanza
y robustece mi fe.
PEPE. (Una tapada!) (Llegando.) ¿Á quién tengo,
señora, el honor de ver?...
ELENA. Soy yo. (Descubriéndose.)
PEPE. ¿Cómo en este sitio
hallo dama de tal prez?
ELENA. La congoja me enmudece!
PEPE. ¡Por Dios, serénese usted! (Cariñosamente.)
Y sepa en qué he de servirla,
que con el alma lo haré.
ELENA. Disponga usted de mis bienes
y de mi vida tambien;
pero entrégueme los niños,
que usted los tiene: lo sé.
PEPE. ¿Calumnias de ese malvado?
ELENA. Mi tutor.
PEPE. Qué avilantez!
ELENA. ¿Y usted noticias no tiene?
JUAN. (Desde fuera á los centinelas.)
Al capitan quiero ver.
PEPE. Que pase don Juan García...
JUAN. Señora, ¿cómo aquí usted
y con Acosta? ¿Qué ocurre?
ELENA. Por los niños aquí entré.
JUAN. Yo corrí Madrid entero
y nada pude saber,
sino que ese miserable,
don Cirilo, ha sido quien
ha esparcido los rumores

de que el agua emponzoñé.

PEPE. Don Cirilo, hace un instante,
me ha venido á proponer
que yo presente los niños
y me reparta con él
toda la grande fortuna,
que hoy ha renunciado usted
por rescatar esos ángeles.

JUAN. ¿Es cierto, Elena?... (Furioso.)

ELENA. Lo es!

PEPE. ¡La ha sacado una escritura!

JUAN. Pues yo se la arrancaré
con la vida, si es preciso,
y le he de arrancar tambien
lo que robó á su pupila
y á Acosta, padre, y á usted.

PEPE. Su lenguaje valeroso
indúceme á comprender
que donde los tribunales
ya no alcanzan ni la ley,
debemos nosotros mismos
justicia solemne hacer,
y que más fuerte que el crímen
la virtud sea una vez.
En el templo se halla orando!...
¡Aquí á rastra le traeré!... (Váse corriendo.)

JUAN. Voy tambien!...
(Yéndose: Elena le detiene por el brazo.)

ELENA. No!... Tengo miedo
de hallarme á solas con él!

JUAN. ¡Dios le traiga, porque de ésta,
libre ya no se ha de ver!...

ESCENA XI.

DICHOS. Se oye el ruido de una cerradura y aparece CIRILO de espaldas; vuelve á cerrar y se guarda la llave. Trae una cajita y un rollo de pergaminos. Al volverse ve á JUAN y ELENA, que ya le miraban al oir la cerradura. Sorpresa grande en los tres personages. Durante esta escena, el CHATO recibe el fusil del centinela, que le llama con la mano y queda en su lugar.

JUAN. El Dios omnipotente,

que ve tu corazon,
ha puesto frente á frente
la hiena y el leon.
Ya sabes mi nobleza,
conoces mi valor,
de Dios es tu cabeza,
yo soy tu acusador.

CIRILO. Su tono y su lenguaje,
sorprenden mi atencion:
no rindo vasallaje,
sin sombra de razon.
Sus cargos no conozco,
ni inspíranme temor;
y no le reconozco
por juez ni acusador.

ELENA. No es tiempo de ficciones,
es tarde ya, señor,
que á costa de aflicciones,
conozco á mi tutor.
Usted los niños tiene,
segun declaracion
de Acosta, que mantiene
bien firme su opinion.

CIRILO. Yo no aliento ni descanso,
y he corrido por Madrid
á buscar los angelitos,
que reclaman hoy de mí.

ELENA. Luego usted!...

CIRILO. Son imposturas!

JUAN. Vuelve pues, sin resistir,
el papel que á tu pupila
arrancaste ayer, por fin.

CIRILO. Lo he entregado á un miserable.

JUAN. Pero á quién ha sido, dí?...

CIRILO. Con la muerte me amenazan,
si lo llego á descubrir.

JUAN. Cuantos bienes has robado
y las pruebas tengo aquí, (Sacando papeles.)
á mi Elena y los Acostas,
hoy vas á restituir.
La escritura más solemne (Mostrándosela.)
firmarás.

CIRILO. Yo nunca!... (Rechazándola.)
ELENA y JUAN. Sí!...
JUAN. Es que habrá muchos testigos,
que á mi voz puedan venir.
ELENA. Salve usted, por Dios, su alma!...
por el alma, no por mí!...
CIRILO. No me pidan que me acuse,
como el último infeliz.
JUAN. Si creyese en Dios y el alma,
¿obraria este hombre así?... (Á Elena.)
ELENA. Acabóse la prudencia!... (Con energía.)
No me puede desmentir!
Usted sólo me ha robado
los dos niños!...
CIRILO. Yo!...
(Furioso saca un puñal y trata de huir.)
ELENA y JUAN. (Gritando.) Sí!... sí!...
JUAN. Alto, infame!...
CIRILO. Libre paso,
ó me le abre mi puñal!
JUAN. Soy más fuerte!... Caes difunto,
(Poniéndole al pacho dos pistolas.)
como des un paso más!...
Suelta el hierro, que disparo!
(Le suelta y le recoge Elena.)
Cójale usted. Á firmar!...
(Firma en la mesita.)
La escritura!...
(La saca del pecho y la entrega.)
CHATO. (Lo han partío!...
Pues yo no me quedo atrás:
con el sol que más calienta.)
CIRILO. Vencido he quedado ya,
pero juro que los niños
á verlos no volverán.
JUAN. Ó ahora mismo los entregas,
ó con vida no saldrás!...

ESCENA XII.

DICHOS, RUFA, que hace señas de inteligencia al CHATO.

RUFA. (Esta es la mia!... Si gano,

ya no seré mujer mala!...)
Hola, señores!.. (Yo tengo, (Á Juan.)
con su licencia, á mis anchas,
que hablar aquí á don Cerilo.)

JUAN. (Imposible!... Si se escapa,
¿quién de los niños responde?)

RUFA. (Yo, que los quiero en el alma
y sabe que soy su amiga!...

JUAN. (No puede ser!...)

RUFA. (Acariciándole.) (Ea!... Vaya!..
Déjenme trabajar sola!...
No dude ustez!... Pruebas claras
de mi corazon ya tiene!...)

JUAN. Vamos, Elena.

CIRILO. (Con alegría.) (Se marchan!)

ELENA. Dónde?

JUAN. Á la iglesia, señora.

ELENA. Á ver si Dios nos ampara!...
(Vánse tomando ántes agua bendita.)

ESCENA XIII.

RUFA, CIRILO, el CHATO, de centinela.

RUFA. Don Cerilo.

CIRILO. (Yéndose; ella le detiene.)
Vamos fuera!...
Quiero salir de esta casa!...

RUFA. Nada tema, que no vuelven
y aquí hay gato de importancia.

CIRILO. Hable pronto!... (Impaciente.)

RUFA. Yo le aprecio
y sabe que náa me espanta
y que nos hemos metío
en cosas güenas y malas,
amigos quedando siempre,
con pérdidas ó ganancias.
Nos debemos mil favores
y uno y otro estamos pata.
Pero don Cerilo, hay cosas
que me tocan en el alma
y es el robo de los niños,
que el corazon me traspasa.

(Limpiándose las lágrimas.)

CIRILO. Modere necias ternuras,
no trate de intentar nada
y en paz acabe el asunto,
si quiere bien su garganta.

RUFA. Pues con esos argumentos... (Ironía.)
Pero oiga ustez, me olvidaba
de preguntar si ha encontrao
los papeles.

CIRILO. Aquí se halla
(Alegre señalando el bolsillo.)
el codicilo famoso!...

RUFA. Y que tanto ustez ansiaba!...

CIRILO. No hay oro con que pagarle!

RUFA. ¿Y no ha robao las alhajas
del relicario escondío?

CIRILO. Usted sabe? (Con impaciente alegría.)

RUFA. ¿Quién me gana
á esparramar el dinero,
pa saber? Un lengua larga,
un lego, me ha referío
que fueron aquí enterradas
por los frailes, temerosos,
hace más de una semana.

CIRILO. Aquí? (Mirando y dando con el pie.)

RUFA. Sí, bajo esta piedra.

CIRILO. Y está un poco levantada!... (Con alegría.)
Somos felices, que tiene
dos argollas soberanas!...

RUFA. Por una escalera oscura,
á la gran cueva se baja,
donde se halla el relicario:
y la cueva está muy clara.

CIRILO. Chato, ven!... Usted de acecho. (Á Rufa.)
Necesito una palanca. (Al Chato.)

CHATO. Un fusil la suple. (Váse y vuelve.)

CIRILO. Corre!...
Profesora consumada,
vales más oro que pesas!... (Acariciándola.)

RUFA. Mientras acecho, usted baja,
pa que el Chato no se quede
con el botin.

CIRILO. Cosa clara!...
CHATO. Aquí está.
CIRILO. Pues trabajemos. (Lo hacen.)
CHATO. Está movía.
CIRILO. No tarda
en salir.
(Ruido lejano de voces.)
CHATO. Ande!... Á la una!...
Apriete!...
CIRILO. Ya está sacada!... (Con alegría.)
RUFA. Qué ruido es ese?
CIRILO. Los nuestros,
que mis órdenes no aguardan.
RUFA. Acabemos, no nos cojan
con las manos en la masa!
CHATO. ¿Quiere una linterna sorda?
CIRILO. Para qué? La cueva es clara.
CHATO. Y si vienen?
CIRILO. Tapais.
RUFA. Pronto!
CIRILO. (Seré un Creso!) (Bajando.)
RUFA. Tapa!... Tapa?...
(Deja caer el Chato la piedra, que da un golpe, y luego se oye la caida de un cuerpo en el agua. Rufa se pone en pie sobre la losa, llena de alegría, y exclama gritando y alzando los brazos.)
RUFA. Ya están salvaos los dos niños
y aquí acabé de ser mala!
CHATO. Corro por ellos! (Váse.)
RUFA. Que acudan
á saber todos mi hazaña!...
ménos Gloria!... Que no sepa (Transicion.)
jamás que su madre mata!...
Don Juan! doña Elena! urbanos!...

ESCENA ÚLTIMA.

RUFA. Van llegando JUAN, ELENA, PEPE, LUIS, SERAFIN, URBANOS, GLORIA, LIBERALA y luego el CHATO con los niños.

JUAN. Y don Cirilo?
RUFA. Por su alma

recen un Ave-María. (Señalando la losa.)
PEPE. Milicianos, á las armas!... (Saliendo derecha.)
SERAFIN. Es inútil, ya están presos (Desde el foro.)
los que asaltaron las tapias.
LUIS. Cuantos empiezan por vagos,
en criminales acaban.
RUFA. Cómo tú aquí, Gloria mia?
GLORIA. Porque él está aquí de guardia.
CHATO. Señá Marquesa, los niños!... (Saliendo ahora.)
RUFA. He cumplío mi palabra!... (Á Juan.)
ELENA. Ángeles de bendicion!...
JUAN. Salvos!...
GLORIA. Alegres!...
JUAN. Ilesos!...
ELENA. Venid, y que con mis besos
consuele mi corazon! (Estrechándoles.)
CHATO. (¿Y qué hemos los dos sacao, (Á Rufa.)
en este lio?)
RUFA. (Estás loco?
Pues qué, ¿te parece poco
que no nos hayan ahorcao?)
JUAN. Yo le debo mi existencia, (Á Pepe.)
y de manos del demonio (Dándole un papel.)
rescaté su patrimonio:
era un deber de conciencia. (Abrazándole.)
PEPE. Y es posible que recobre?... (Leyendo.)
JUAN. Esta es la prueba notoria.
(Mostrando la firma.)
(Y ahora la madre de Gloria,
no le arrojará por pobre.)
PEPE. Todo lo debo á García!... (Le abraza.)
GLORIA. Nos enriquece y nos casa!...
JUAN. No; cuanto bueno nos pasa,
se debe á la dueña mia!
ELENA. Demos hoy gracias al cielo,
que nos colma de favores:
Gloria y yo, luego, señores,
(Tomándola de la mano.)
tomamos el nupcial velo.
Hoy á mi palacio irá
el prior de este convento
y uno y otro casamiento

mi tio bendecirá.
Todos quedan convidados.

LUIS. Que vivan los novios!

TODOS. (Menos los novios.) Vivan!...

LUIS. Nuestros plácemes reciban
por sus hechos esforzados!

JUAN. Y ahora, hijos mios, con gran pujanza,
grito de guerra vamos á alzar:
el del trabajo contra la holganza:
somos los ménos contra los más.
Los que sin rentas y sin oficio,
de oculto modo logran vivir,
esos son zánganos, causan perjuicio,
de la colmena deben salir.
Por los eternos dogmas cristianos,
nunca en la patria deben tener
ni aun los derechos de ciudadanos
los que no sudan para comer.
Si ley de vagos no hay en España,
ni un rey de hierro, noble leon,
para librarnos de esa zizaña,
haya una fiera conjuracion.
Tan pocos brazos para el cultivo
y tantas bocas para comer,
dos mil gorriones por cada olivo,
esto se acaba, no puede ser.
Y si la holganza es la pobreza,
es la ignorancia, la esclavitud,
las libertades y la riqueza,
son el trabajo, que es la virtud.
Que pensamiento tan levantado,
sigan las almas de buena fe:
hasta que el ocio sea castigado,
no puede España ser lo que fué.

FIN DE LA ZARZUELA.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

El solteron.
La guerra de los sombreros. (Con Caballero.)
Memorias de un estudiante. (Con Oudrid.)
Entre la espada y la pared. (Con Vazquez.) Silbada.
Anarquía conyugal. (Con Gaztambide.)
Un concierto casero. (Con Oudrid.)
La isla de San Balandrán. (Con Oudrid.)
La córte de los milagros.
La doble vista. (Con Campos.)
El médico de las damas. (Con Vazquez.)
Pan y toros. (Con Barbieri.)
Gibraltar en 1890. (Con el mismo.)
Palco, modista y coche.
Los enemigos domésticos. (Con Arrieta.)
Viaje á Cochinchina. (Con el mismo.) Inédita.
El hábito no hace al monge. (Con Rogel.)
Los holgazanes. (Con Barbieri.)

da cenicienta.
una.
del almadreno.
iotas.
; del vicio.
nos de viento.
la de Correlargo.
de oro.
del regimiento.
s de mi mujer.
hijos.
madres.
del Rey René.
emos.
ra de Murillo.
nera.
anza de Catana.
uesita.
la de la vida.
de Garan.
sin piloto.
gos.
a en el campamento, ó
de Africa.
dos.
alleros de la niebla.
a de matrimonio.
e de Babel.
del gallo.
bediencia.
na alhaja.
mimada.
ridos (refundida.)
ná.
ojo.
mi sobrina.
Zurbano.
Maria.
en 1818.
á vista de pájaro.
bre hojuelas.
s de Polonia.
ó la Emparedada.

Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósit de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra.
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Ribal y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.

Trabjar por cuenta ajena
Tod unos.
Torbellino.
Unamor á la moda.
Una conjur acion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en eusrte.
Una leccion reservada.
Un marido s ustuto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer mistoriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

a y Medoro
de buena ley.
mas feo.
s y cuchilladas
ina la Gitana.
y marte.
y Flora.
nando.
lariquita.
risanto, ó el Alcalde pro-
or,
scual,
iller.
rino.
yo de una ópera.
sero y la maja.
o del hortelano.
a y en Marruecos.
en la ratonera.
s de carnaval.
rio (drama lírico.)
illon de la Rioja (*Música.*)
nde de Letorieres.
do á escape.
an español.
eta
bre feliz.
llo blanco.
ial.
o mono.
er vuelo de un pollo
into y Valdemoro.
ietismo... ¡animal!
de la calle Mayor.
stas del oro.

El mundo nuevo
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mtndo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca ne gra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquere y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un qninto y un sustituto.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	A. Casas.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	J. Gullon.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bejar.	J. Génova.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	A. Mellado y Orcajada.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N, Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda ó Hijos de Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	N. Ceballos.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. Orellana y Sanchez.
Logroño	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabezas.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D, Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	P. A. Rafoso.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	R. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro,
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I, Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Hercia.

MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.